

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII

San José, Costa Rica

1941

Sábado 22 de Noviembre

No. 21

Año XXII — No. 925

En este número:

La poesía del éxodo y del llanto	Guillermo de Torre	Respuesta peruana a 2 mensajes ecuatorianos	Alejandro Manco Campos
Acerca de los poetas	Augusto Arias	La máquina y el hombre	Rafael de Buen
Funeral por la ausente	Campo Elías Palacino	El Político (Concluye)	R. Brenes Mesén
Una oda y un poema	Agustí Bartra	Poesías Catalanas (Traducciones)	José Carner y Juan Llon- gueras
El Consejo de Hispanidad	Angel Ossorio y Gallardo	Al General de Gaulle	Rodolfo Castaing
Toda una vida	Celestino Herrera Frimont	Notas de un escolar viejo	Elías Jiménez Rojas
El alma de Cataluña	J. Conangla Fontanilles	A los antólogos	León Felipe
Noticia		Oigan los Estados Unidos	Cl. Picado T.
Un canto vivo de Torres Ríoseco	Fernando Alegria	Abdenago Faroles	Fabián Dobles
Arturo Torres Ríoseco	Notberto Pinilla		

¿Puede ya hablarse de una poesía social? Habría que empezar por superar la aparente contradicción de ambos términos, mejor dicho, de los ámbitos opuestos—individual, colectivo— a que respectivamente tienden. ¿Cuenta ya ese género de poesía con expresiones de auténtica validez estética? También esta interrogación se abre sobre un campo muy vasto, cuyo examen exigiría un recorrido especial. En cambio—más veraz y expeditivamente—sí puede hablarse de una poesía nunista. Ahora y siempre. Una poesía sin intenciones fuera de sí misma, libre de acento tendencioso, pero claramente centrada en los motivos más urgentes del tiempo. Una poesía sin demasiadas ambiciones de hipotético porvenirismo, pero rigurosamente fiel a los mandatos libres, no consignas unilaterales, de la época. En suma, todo eso que puede designar mejor que cualquier otro nombre el de nunismo.

Deploro que el neologismo—grequismo, más bien—no haya cundido. Y me excuso de emplearlo. Pues—contra lo que creí en un tiempo—hoy no me parece tan bello cuanto necesario. Y es que la emisión de términos no sólitos debe ser hecha con cautela, dosificada. A esta verdad me volvieron los rapsodas, la inescrupulosidad de los zagueros. Por lo demás—como sentenció hace años Juan Ramón Jiménez en uno de sus más ciertos aforismos ético-estéticos—¡beneditos sean los imitadores! Ellos nos hacen ver nuestros defectos. Son el espejo cóncavo donde aparecemos reflejados grotescamente. Todos los que han usado en algún momento de un estilo descomedidamente personal, de un vocabulario ambiciosamente singular, pagan pronto este tributo: verse parodiados—aunque sea de buena fe. Por donde el homenaje se torna en castigo, cuya lección es el regreso a la lucidez.

Si insisto, pues, y rehabilito hoy lo de nunismo no es por grequismo artificioso ni por resabios ultraístas. Tampoco por el gusto de aclimatar un nuevo ismo literario, pues la tendencia que hace años

Poesías del éxodo y del llanto

(De Sur, N° 76, Buenos Aires. Envío del autor)

cobijó bajo tal nombre Pierre Albert-Birot, en su revista *Sic* de 1917, y en sus libros de aquella época, no cuajó duraderamente. Es porque el instantismo del término define mejor que nada las aspiraciones de una poesía, y aun de una literatura, enderezada a treflejar las conmociones inmediatas y profundas del tiempo. Cualquier otro tér-

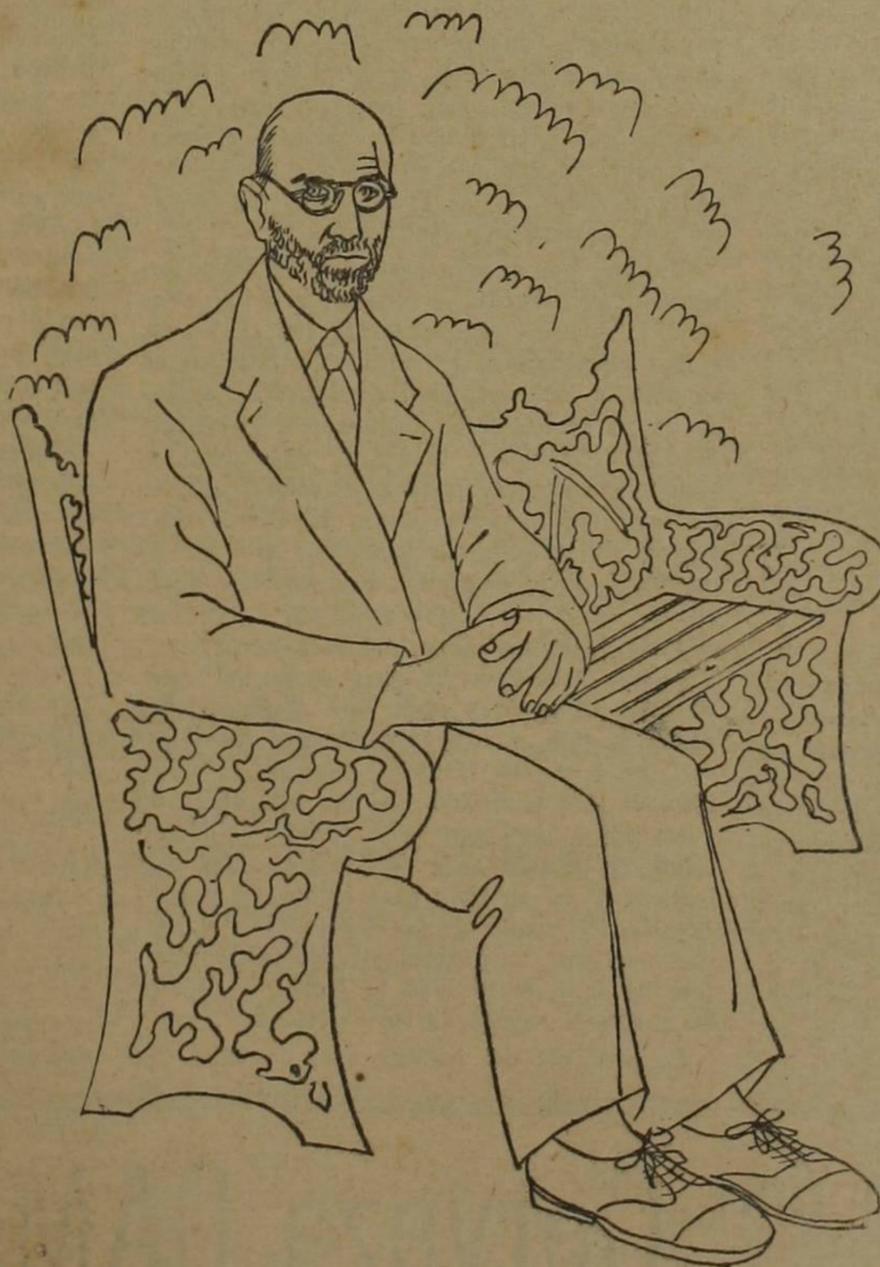
mino corre el riesgo de ser aproximativo, incierto. Los apellidos social, civil, revolucionaria tienen ya a la poesía de un color sectario que este arte—desinteresado en su raíz, por muy incalculable que sea su trascendencia—no tiene por qué adquirir.

En cambio, ninguna de esas confusiones acarrea el apelativo nu-

nista. Tiende a expresar simplemente la fidelidad a las circunstancias y, más ampliamente, al aire de la época. Deber de todas las artes es no traicionarlo—y más particularmente de la poesía. Pues la poesía no está, no debe de estar en las nubes intemporales ni el asfalto inespecial. Ni nefelibata ni rasante de la tierra. Más bien debe captar *la vie immediate*—título de un libro de Paul Eluard y divisa de buena parte de su poesía. Debe mantenerse “al nivel de hombre”—según la fórmula más bella y rigurosa de León Felipe.

León Felipe: he aquí un poeta cuya obra merece plenamente a mi juicio, con un subrayado admirativo, la calificación de nunista, y cuya personalidad es justicia potencial. Porque si bien posee ya una historia, los pseudohistoriadores y antologistas no se han apresurado a rendirle el debido reconocimiento. Ciertamente es que León Felipe—hombre de vida diversa y curtido por soles y experiencias, ya no joven, que ha sido farandulero y boticario, caminante en Castilla y profesor en las dos Américas: en suma, trotamundos—nunca buscó prebendas ni formó colas ante los despachos de medallas. Nunca estuvo inscrito en los grupos o grupitos de la esforzada masonería lírica. Se mantuvo ajeno a los pactos de capilla, distante de las confabulaciones en forma de antologías (Ya es notorio, por cierto, adónde ha ido a parar el urdidor del más famoso de esos desacreditados embelezos o artilugios equívocos de la más inequívoca—en el sentido de no engañar verdaderamente a nadie—política literaria. Diré también, de paso, aprovechando este confidencial paréntesis, que dos males graves había en la España literaria de la preguerra: la supervaloración de lo poético—mejor dicho de cierto grupo festejado de poetas, que intentaba multiplicarse, cuando en realidad no pasaban de cuatro, contando con rigor—y el confusionismo de lo literario con lo político y social; mal más disculpable este último, puesto que corroía todos los países).

Cierto asimismo que la grande-



León Felipe

(Dibujo de Julio Castellanos)

za y la singularidad de León Felipe, la fulguración plena de su lírica, sólo en estos últimos tiempos se ha hecho plenamente evidente. Sólo ante la tragedia de España y del mundo este poeta ha dado la medida de su lirismo épico. Porque León Felipe era un épico que se ingoraba, un whitmaniano en potencia que aún no había encontrado sus motivos propios. Lo prueba el que sus primeras obras no marcaron una impronta profunda ni revelaron su tono esencial. Aludo a sus *Versos y oraciones de caminante*, aparecidos hace veinte años, algo intempestivamente. Surgían como un voto de humildad en una época de disipación; como una vuelta a la sencillez en momentos de búsquedas y complicaciones. Proponían con toda deliberación una poesía en voz baja, en tono menor, articulada en versos entrecortados, como respondiendo al flujo desigual de una confianza íntima. Comparaba el poeta, en una de aquellas poesías, su vida con una piedra, con el canto que rueda, con el guijarro humilde de las carreteras. Y a ese mismo tono, con leves variantes, corresponde su segundo libro, bajo el mismo título del primero, diez años después, en Nueva York, y otro par de ellos, aparecidos después en México y en Madrid.

Pero sobreviene la agresión contra España. León Felipe, que a la sazón se hallaba en Panamá, vuelve a España. Y de allí, ante el espectáculo de pugna agónica, brota su más verdadera poesía, cristalizada en una serie de libritos, que en rigor son todos el mismo, o al menos muy semejantes, como eslabones de una cadena patética, y que se llaman: *La Insignia*, *El Hacha*, *El Payaso de las bofetadas* y *el pescador de caña*, *Español del éxodo* y *del llanto*, *El gran responsable* (editados todos en México, menos el primero).

Entre el ya profuso, pero no muy valioso, conjunto de libros originados por nuestra guerra, los de León Felipe se alzan cimeros. Fue primero la caudalosa producción de romances y romancillos, de sesgo popular e intención satírica. Vinieron después composiciones de más alto rango, a cuya cabeza se sitúan las de Antonio Machado y Rafael Alberti, seguidas por un libro de Emilio Prados y otro de Miguel Hernández. Sin olvidar las aportaciones americanas, cuajadas en sendos libros de Pablo Neruda y César Vallejo. Esta rápida memoria dista mucho de ser completa; para ser exhaustiva tendría que abarcar las obras sobre el mismo motivo surgidas en el campo de la prosa novelesca. Pero aquí, si bien la cosecha es mucho más vasta, las excepciones laudatorias resultan más limitadas y se ciñen a las novelas, ya tan leídas, de Andrés Malraux, Elliot Paul, Sander y Hemingway.

También los poemas de León Felipe han logrado penetrar su emoción a gran número de lectores. Ello se explica por su amplitud de onda, por su patetismo comunicativo, por su vehemencia genuina, servida por un lenguaje sobrio, abundante en fórmulas que hacen impactos. Se argüirá su falta de una absoluta pureza lírica, desde el momento en que estas obras no sólo alternan la prosa y el verso, sino que en ellas se entreveran la poesía y el libelo, la introspección íntima y la arenga multitudinaria. En efecto, así acontece, pero deliberadamente: porque la pureza de León Fe-

lipe no está en el respeto a ninguna fórmula o fuero, sino en la altura e independencia de su actitud. De ahí que aun barajando hechos políticos, el poeta no hable en nombre de ningún bando o partido; habla en representación del hombre. "El poeta habla desde el nivel exacto del hombre". Y agrega: "No hay más que una causa: la del hombre. Y por ahora, la de la miseria del hombre". Afirmación española, por lo demás, de claro linaje machadesco—"lo que importa es el hombre", decía Juan de Mairena—como unamuneco, pues según se ha recordado y se seguirá recordando cada vez más, en la primera página de *Del sentimiento trágico de la vida* grabábase inolvidablemente que aquello que le interesaba no era "ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre".

Contra lo que puedan creer algunos, el elevarse a portavoz lírico del hombre no envuelve ni orgullo ni menosprecio. El poeta comienza a levantar su voz, en un momento crucial de la guerra—el que recoge *La Insignia*—porque se han oído ya todas, menos ésta, la voz del poeta. Y escribe: "Yo no soy más que una voz, —la tuya, la de todos, —la más genuina, —la más general, la más aborigen ahora, —la más antigua de esta tierra. —La voz de España que hoy se articula en mi garganta—como pudo articularse en otra cualquiera". El tono whitmaniano de León Felipe, su semejanza filial con aquel precursor, visible en los mejores pasajes de su obra, se hace aquí tan honroso cuanto indubitable, pues nos evoca aquella estrofa del oceánico *Song of myself*—cuya versión, precisamente, tras varios años de trabajo, está a punto de publicar el mismo León Felipe—donde excusándose de cualquier singularidad o preeminencia Walt Whitman se nos mostraba "no sentimentalist—no standing above men and women, or apart from them; —no more modest than inmodest". Se diría además que León Felipe ha recogido el mensaje aquel de Whitman en *Poets to come* cuando recomendaba a los líricos venideros la misión de explicarle y justificarle.

Explicar por nuestra parte a León Felipe sería una tarea sencilla e ilimitada a la par, pues en él la doctrina está mezclada con el lirismo, ambos elementos se entrecruzan e influyen en su obra, e inclusive, su actitud poética arranca de su actitud teórica. Escúchese si no una de sus definiciones: "Poeta es aquel hombre, —aquella sustancia humana y nacional que, en un momento fervoroso de la Historia, tiene fuerza suficiente—para levantarse ella y su pueblo, —de lo doméstico a lo épico, —de lo contingente a lo esencial, de lo euclidiano a lo místico, de lo sórdido a lo limpiamente ético". Y es que para León Felipe el genio del poeta no debe aplicarse a jugar con las metáforas verbales, sino a crear las grandes metáforas sociales, humanas, históricas. Épicas, en suma. Para él Don Quijote no es un mito sino un poeta épico gigantesco. De ahí que lo identifique con España en su lucha desigual por la justicia. Y en su libro más inflamado y panfletario, *El payaso de las bofetadas* y *el pescador de caña*, se pregunta: "¿No es Don Quijote un loco, el loco de la justicia? ¿No es un clown, el payaso de las bofetadas?"

Su concepto del hombre es prometeico. Su

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus vestidos de estilo sastrer, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO

Av. Central - Frente a las Cías. Eléctricas
TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Teatro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al Mercado, diagonal a Manuel Alfaro: Teléf. 91.

sentido de la justicia, insobernable: "Con la justicia no se puede jugar". He ahí el error cometido por el "pescador de caña"—por otro nombre "el raposo inglés"—al pretender velarse el rostro—egoísmo o pacifismo, tanto monta—ante la injusticia, y que tan caro está pagando ahora... Contra lo que piensen algunos no es inoportuno recordar al presente tal conducta. Corregir sus errores, sus mansas o ladinas omisiones y complicidades cuesta hoy a Inglaterra doble porción de sangre y de heroísmo. Que no lo olviden para el futuro ni los responsables directos ni esos comedidos "gentlemen" de la "Pledge Union" pacifista. Pacifismo en tales casos es irritante injusticia. Y debe saberse, nos recuerda el poeta, que "la justicia trae siempre discordia, guerra y sangre entre los hombres, no porque ella sea de naturaleza belicosa, sino porque los hombres que *no están en su sitio* no quieren oírla y tratan de ahogar su voz en ríos turbulentos de sangre". Además, "la justicia vale más que un imperio". Hay que salir en su defensa cuando sea y como sea. No vale decir: "Yo aún no estoy preparado". "La justicia se defiende con una lanza rota y con una visera de papel. Este es nuestro evangelio".

Con esa letra y con ese espíritu se expresa ardorosamente León Felipe en *El pescador de caña*. Su lírica está más allá de toda fácil inculpa de prosaísmo. Los melindres no le turban. Ya hace años había escrito que—para él—la poesía sólo era un sistema luminoso de señales y que la única fórmula válida para componer un poema es la fórmula de Prometeo. Y ahora agrega: "Todo buen combustible es material poético excelente. Todo, hasta la prosa". Así *El payaso*, con trozos de prosa y verso, tiene tanto de arenga como de canto.

Un tono semejante, si bien con matices diferenciales, predomina en otra obra posterior, *Español del éxodo* y *del llanto*, escrita ya después de la dramática anátesis española, lo mismo que en *El hacha*. En estos libros el poeta no se dirige tanto a los demás como a sí mismo, se desnuda líricamente ante el mundo, en una confesión patética, desgarrándose

Distinguida y fina
es siempre la

Cerveza GAMBRINUS

el pecho, y aún solazándose en su viril desesperación. Porque ¿acaso queda otra cosa? "Nadie tiene hoy en sus manos más que polvo. Polvo y lágrimas. Nuestro gran tesoro". El poeta se contempla las manos y no se las ve ni rojas, ni blancas, ni moradas, sino "llenas del barro y del limo de la primera charca del mundo". Y sólo concibe limpiárselas llorando. Su programa, es decir, su tema poemático predilecto es éste: "Nos salvaremos por el llanto". Esta es mi política y mi dialéctica también". Pues, en su visión, España está muerta. No cree que la historia se repite, sino que se deshace. Después del naufragio no cabe pensar en la vuelta del éxodo—aviso a los políticos y empresarios que aún pretenderían dar vueltas al viejo aristón con las soflamas manidas—sino en construir un Arca, como en el Viejo Testamento. Y este raudal imprecatorio—que no perdona a nada ni a nadie—alcanza su más alto nivel en *El hacha*, titulada *Elegía española*.

Cifra de la destrucción es el polvo. "¿Por qué habéis dicho todos que en España hay dos bandos, —si aquí no hay más que polvo?". Y

luego: "No hay más que un hacha amarilla que ha afilado el rencor". Un hacha que se abate siempre, constante e implacable, "sobre cualquier humilde ligazón: —sobre dos plegarias que se funden, —sobre dos herramientas que se enlazan, —sobre dos manos que se estrechan". Y la consigna del hacha es el corte, hasta llegar al átomo. España, para León Felipe, no es éste ni el otro ni el de más allá. "España es el hacha. —Y el hacha es la que gana". Visión última, quizá excesiva, quizá improbable en sus alcances, pero de una realidad dolorosamente exacta en el día, y tan irrefragable como el tremendo escisionismo español que lleva en su raíz, como la semilla individualista que produce cosechas de grandezas en un terreno y de desastres en otro. Mas, por ahora, la nueva cosmogonía que sugiere el poeta es exacta: "Lo primero fué el llanto,—y estamos en el llanto". Con una esperanza: que el llanto se haga luz; que del mango del hacha, sepulto en el destierro, brote mañana la rama florida.

GUILLERMO DE TORRE

Acerca de los poetas

(En el Rep. Amer.)

Musset

Ciento treinta años han pasado desde la fecha natal de Alfredo de Musset y en el último diciembre de su recordatorio, los franceses han podado la maleza de los jardines mussetianos, por cuyos senderos, como antaño, desfilan las parejas de enamorados, recitando a fragmentos algunas de las estrofas de *Les Nuits*. Alfredo de Musset está presente en su poemario y en sus novelaciones románticas.

María Luz Morales dijo, ha poco, que las modistillas de París, a quienes pudiera aplicárselas la derivación de Darío, "sentimental, sensible, sensitiva", todavía prefieren a la seca crudeza de *La Carconne*, la vena apasionada de Alfredo de Musset. Y en el año 30, centenario del romanticismo, fueron las mujeres francesas, quienes en peregrinación de memoria predilecta, se acercaron hacia los sauces de Musset, símil de la cabellera de la elegía o imagen vegetal del llanto, por sus ramas pendientes y agobiadas.

Musset nació en París en 1810. Para el año treinta, cuando el romanticismo se había ritualmente inaugurado a raíz de la presentación del *Hernani* de Hugo y el escándalo colorista del *chaleco* de Gautier, Musset se iniciaba con al-

gunas de las que figurarían más tarde entre sus *Premières Poésies*. Su estreno lírico corresponde a la víspera, a 1829. Para entonces Musset tiene 19 años. Su melancolía, de la que se ha dicho incurable, estaba apuntando los rasgos de su desesperación, preparándose para ese estallar, contenido no obstante y ajeno a los gritos antiestéticos, malestar de la época, mal del siglo, que traería para Musset ese nombre con el cual se le distinguió por algún tiempo, de *enfant terrible* del romanticismo. En 1835 aparecen sus *Noches*. Si la tristeza del Nocturno encontró algún antecedente magistral que la patentizara, ese hemos de hallar en Musset. *La Nuit de mai*, *la nuit de decembre*, *d'aout*, *d'octobre*...

Pero hay muchos que, en el mismo paisaje sensibilizado extraoficialmente de *Les Nuits*, quisieron encontrar un tono "demi romantique". Musset partía del clasicismo. Parece un heredero discreto de Lafontaine y de Marivaux, dicen des Granges y Charrier en su magnífico libro *"La Litterature Expliquée"*. Y si hubo de acusarse de desesperado e inmoralista, es que el poeta reflejó a lo vivo, a pesar del sistema ideal de los románticos, ese desequilibrio anímico de

su momento. Por eso es que su *"La Confession d'un enfant du siècle"*, es uno de los libros más reveladores de esa crisis espiritual del XIX ya mediado, que quiere explorar por entre su floresta ciega, con amores sin órbita y lamento irremisible. El autor de *Lucía* y *La Noche Veneciana*, luce, desde luego, una tal corrección estilística en sus poemas y en sus prosas, dentro de la marcha de un renovador, como para que se le invite a los difíciles escaños y a una de las sillas numeradas de la Academia Francesa. Y sin que se aguardase el entreceño de su caducidad, Musset ya es inmortal. Es Académico a los cuarenta y dos años y muere en París, a los cuarenta y siete. Mantiene su verso una tesitura conmovedora, y para quienes se afanaran en la vana ponderación de su tono angustiado, hay que recordar que Musset se fortalecía en la esperanza. Cualesquiera de sus estrofas deja, por lo menos al trasluz, tales reflejos aliviadores: *Poète, prends ton lutch; c'est moi, ton immortelle—qui t'al vu cette nuit triste et silencieux,— et qui, comme un oiseau que sa couvée apelle,— per pleurer avec toi descendes du haut des cieux...*" El poeta y la musa conversan en esa poesía novel que tiene la frescura estremecida de la noche de mayo. Y la musa le invita a no entristecerse demasiado, a pesar de que ella misma le está suministrando esa tristeza.

Sabe Musset de la fugacidad de las cosas. Por sus *Noches* pasa un ambiente de inconsistencia vital que las vuelve doblemente atractivas. Ese pensar en la muerte, en la exiguidad de la existencia, que fue infaltable en los grandes poetas y en todos los poetas de selección. Su confesión de un hijo del siglo está, igualmente, atravesada por ese viento cortante de una estancia que se sabe fugitiva. Pensamiento de ser sólo un instante que impulsa de idéntico modo o a los pasos trémulos de la renunciación o en los violentos de inmiscuirse en la vida, para cortarle la flor al minuto. Pero Musset cree en la suerte larga de su existencia, ya sin vida física. Y ahora diremos, en parodia de una frase que César Arroyo había dedicado a Becquer, Musset tiene ciento treinta años y está vivo.

Noche de setiembre. Musset no escribiría esa noche. Alguna de ellas—y no Luisa Colet que es histórica y que apasionó también a Flaubert—le agasajaría a la inversa. Y él, estirado en espíritu, casi no la diría de su predestinación para una vida de más de cien años en los cuales las mujeres sensibles irían a buscar las ramas de su sauce llorón... (Romanticismo puro). Y después se arrepentiría de no haberla besado.

Verlaine

Hemos visto un cuaderno de la mayor rareza. Se trata nada menos que de uno de los facsímiles de autógrafos de Verlaine. Es uno de los doscientos ejemplares que se editaron en París. Tiene la traza trashumante condigna. Cuartillas desarregladas y disímiles que se relacionan, no obstante, por la unidad del lírico que las manchaba de metáforas simbolistas. Algunos de los mejores poemas de Verlaine están escritos de su letra, al reverso de programas, al margen de diarios franceses leídos a medias y alguno en el espacio de un sobre de correspondencia dirigido al propio Verlaine, al Hospital de París en donde se curaba de su neuritis, agravada por el invierno y la erranza. apenas detenida por los alpos del café.

Si se ha dicho que la poesía lírica es la historia de un alma y si Pablo Verlaine fue uno de los más definidos poetas, esa historia se manifiesta en el cuaderno de la copia autógrafa. Corresponde a la época de su plena errabundez. Cuando iba por los baches y golpeaba en la nie-

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfin SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

bla con su bastón, sin figurarse que los pasos de su cojera no podían oponerse ya a su llegada a la inmortalidad. La verdadera fisonomía de la creación literaria se pone de resalto en esos papeles. Llenos de tachaduras, vivos de una grafología que dice de los altibajos del ánimo, y hasta con trazos de una curva difícil, semejante a la de su camino sin rumbo. Por allí nos ha parecido advertir la insinuación de las agudeces faunales, al propio tiempo que esa tendencia celeste, términos entre los cuales hubo de agitarse el conflicto espiritual de Verlaine. Y así son sus originales: rematados en la forma de la vid, tristes y angulosos como el macho cabrío, y estrellados también, o arrodillados en penitencia.

No recordaremos enteramente del retrato de Verlaine dibujado por Luis Guarner. Pero nos gustó de principio, y en él creemos que aparecía Verlaine con su cara socrática, calva, desnudas, ojos vivos, nariz aplastada y barbas deshilachadas. Así en los hojas de sus versos, el paisaje a veces desnudo, la vivacidad del dolor o del amor, y su tema, el caer de la invernada, como en hilachas.

¿No se habrá extremado, por los comentaristas de Verlaine, la historia de su tristeza, de su erranza, de su disolución? ¿La leyenda que suele crear imágenes semejantes, pero en ciertas ocasiones diversas, habrá colmado demasiado su eterno ajeno, habrá desmesurado su cojera? Queremos un pequeño libro de Verlaine. El fauno suspira muchas veces con tendencias de contrición. Una alegría de recomienzo late en varios de sus versos. Y como en su famoso y breve canto, si llora en su corazón como en la ciudad, le parece aquel un dulce lloviznar por calles y tejados, y tiene la pena mayor de no saber por qué, sin pena y sin amor, tiene tanto dolor... Es un dolor vago y una alegría no muerta que se mutila adrede a sí misma. Ese viejo añorado fué todo un viajero torcido, como su letra.

Darío

En febrero de 1916 murió en Nicaragua Rubén Darío. Han pasado veinte y cinco años y se le recuerda más que ayer. Darío está actualizado, es la hora de la revaloración de Darío. Y este no es un fenómeno de capilla fraterna o de corifeos entusiasmados, lo que no dura más que la existencia de un cenáculo. Es que se ha dado comienzo a la revisión y al estudio de Darío. Y no que el poeta hubiese dejado de ser un sujeto de admiraciones universales. La obra de Rubén ha sido una de las más fervorosamente comentadas. No hay texto castellano que no traiga su ejemplo, ni antología que prescindiera de él. Pero a Darío ha debido ocurrirle lo que a todos aquellos que, dotados de madera clásica por la perfección expresiva y el signo predestinado de la perduración, trajeron la forma renovadora. Es decir que debió conocer de la resistencia y del gesto envidioso que asalta al que

salvó de los puertos achatados de la mediocridad. No es extraño por eso que hasta los críticos que se llaman a sí mismos del tiempo nuevo hubiesen escrito las más rotundas negativas de Darío. Más, la reparación está en marcha. Se le tributan homenajes en Universidades y publicaciones, se crean premios de su nombre y los intentos de su biografía se levantan, como en resurrecciones.

Está en nuestro poder un ejemplar de sus *Prosas Profanas*. Los libros, como los hombres, tienen también una historia y acertó el que dijo que los libros sobreviven con mucho al hombre, salvo el caso de los que ya llevan la muerte consigo desde su primera línea. Y no es que nos refiramos a la historia entrañada del libro, en lo que corresponde a su misma génesis y a la revelación del ser íntimo que representa. Es que queremos aludir a la historia de cada volumen, como la que tiene este ejemplar que ingresa a nuestros anaqueles después de largos avatares.

Ha venido el libro a refrescar esa memoria colegial que no está muy lejos y que sin embargo comienza a tener el prestigio de las cosas distantes. Cursábamos el primer año de literatura cuando hicimos el "hallazgo" de Darío. Fervor de primicia que luego de haber devorado las páginas de *Azul...*, buscó las hojas cantantes de estas profanas prosas. Nuestro gusto penetrativo, precozmente afilado, quiso detenerse en la paradoja de versos que se llamaban prosas profanas. Y según la costumbre que tuvimos siempre como lectores, recorrimos por la floresta de Darío antes de ir hacia el prólogo que debía confirmar o rectificar nuestros juicios noveles. Y allí Rodó, con la cinceladura de sus párrafos, acentuó aquello que, inmaduro y sin expresión, habíamos pensado de esos versos del Darío de la juventud.

Fué para entonces cuando en casi sonrisa de nuestra devoción dariana, el compañero que comenzaba a ponerse en trance lírico, nos dedicó los exasílabos pareados: "Oh Rubén Darío—mío, mío, mío—en sus sueños fío—por eso sonrío—y sé de memoria—su amorosa historia". La retentiva adolescente, había, en realidad, confiado a esa cera blanda de los catore años, todos los versos de las *Prosas Profanas*. Los sabíamos con sus comas y sus puntos suspensivos. Y si el Darío otoñal, el de los *Cantos de Vida y Esperanza*, ahondó mucho más en la templanza biológica de nuestros diez y ocho años, hemos de declarar que en aquella época seguimos prefiriendo al de las *Prosas Profanas*. Ese es el libro del músico acabado. Está mitologista y un tanto

CARLOS MANUEL FERNANDEZ P.

Cirujano Dentista

SAN JOSE, COSTA RICA - APARTADO 1252

TELEFONOS: 2552 Oficina - 4201 Habitación

COMPRESUS MUEBLES EN LA

Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

— Teléfono 3339

versallesco, tiene el gusto galicado, pero ese Darío es el poeta de los ritmos más sin disonancia que se hayan escuchado, así en los dodecasílabos de "Era un aire suave...", cuando la marquesa Eulalia ríe, ríe y ríe, como en los alejandrinos marcados en la mitad de su *Sonatina*, o en el deshojarse, para la pregunta ya de antemano respondida, de esa Margarita romántica que quería parecerse a la de Gautier. Y así en los treinta y cinco poemas del libro que hacia el final desarrollan el motivo griego del coloquio de los centauros; el francés del *Responso a Verlaine*, "padre y maestro mágico, liróforo celeste", y el españolísimo de las *Cosas del Cid*...

Este ejemplar, encuadrado en los talleres franceses de la viuda de Bouret, con esas planchas en oro y negro que resaltan sobre la tela lacré, tiene ya veinte años. Perteneció al fíguro de Darío, Segundo Herrera. Este nicaragüense trotamundos lo llevaba como recuerdo perdurable de aquel que ofreció su mejilla chorotega a la rasura de su peluquero. En Nueva Orleans se lo dió en obsequio a Gerardo Chiriboga. Y el breve volumen, salvado del incendio del *Horacio*, se embarca ahora en la madera de nuestra estantería para los viajes que todavía haremos, en los respiros de la prosa diaria, hacia el archipiélago musical de Darío.

AUGUSTO ARIAS

Quito, Ecuador, octubre de 1941.

Funeral por la ausente

(En el Rep. Amer.)

*Te moriste muy lejos, más allá de los mares,
sin que yo desciflara la voz de tus pesares.*

*Estrella de mi sueños, ya vino tu alborada;
la vida es sueño en ésta tan lóbrega jornada.*

*Tantos mensajes tuyos con tantas confianzas,
para irte a la mayor de todas las ausencias*

*Raras contradicciones que asombran a los sabios,
altos juicios de Dios que enmudecen los labios.*

*¿En dónde flotan ahora, ausente inolvidable,
las alas de tu espíritu soñador e inefable?*

*¿Vas quizá iluminando la luz de los luceros
y ellos te siguen como celestes compañeros?*

*Imagen de la aurora sólo sueño que tú eres,
pero más todavía de los atardeceres.*

*Ave de lo infinito, si detienes el vuelo,
que sea sobre el ciprés de mi hondo desconsuelo.*

* *

*Cuando abrí la misiva que llegó una mañana,
presagiando tu viaje, te sentí tan lejana,*

*que lloré las ausencias, maldije las distancias,
mas inútil porfía, vanas todas mis ansias.*

*¿Quién trajo ese mensaje tan presto esa mañana?
¿Qué correo sin piedad lo dejó en mi ventana?*

*¿Quién lloró tu partida, quién bordó tu mortaja?
¿Quién cruzando tus manos te adornó entre la caja?*

*En su vuelo invisible al cortejo del viento,
tal pregunta formula mi pobre pensamiento.*

*Sollozan mis recuerdos, te pido a los querubes
o te inquiero en las grises penumbras de las nubes.*

*Estrella de mis sueños, ya vino tu alborada;
la vida es sueño en ésta tan sórdida morada.*

CAMPO ELÍAS PALACINO

Costa Rica, 19 de noviembre, 1941.

Una oda y un poema

(En el Rep. Amer. Desde México, D. F., 6-IX-41).

ODA A CATALUÑA DESDE LOS TROPICOS

Entre aquel febrero y este noviembre
la nostalgia no.

No la nostalgia de pupilas inmóviles y lentas lágrimas
que necesita orfeones y leyendas,
sino la difícil dureza del tiempo—ya sin espera—
que hace navegables los recuerdos,
da rutas inflexibles a las imágenes sepultadas
y destierra los incendios fríos de los crepúsculos sin raza.
No la goteante nostalgia que llora un techo,
renueva el gusto de olvidadas harinas
y despierta la sombra de una flor en una frente:
solamente el domado grito,
el grito que se humilla en un murmullo sin fin.

Desesperado vigor del vuelo de mi sangre sin diálogo,
—¡oh sangre mía buscando respuestas entre las semillas más altas del cielo!—
cenit eterno dominando mi espíritu y las marchas mutables
eres tú, Patria!
Soles, lluvias, tierras y mares me ocultan el uniforme de tu tristeza enno-
blecida y callada,
pero me llegan todas las barcas que enlutas clandestinamente.
Sabes que ando perdido por las islas,
mordiéndome la delicada raíz de tu nombre.

Aquí, donde Africa y los ciclones se citaron,
la sal de esas aguas socava la lejana alegría de mis ojos,
el trópico clava flores de plata líquida en mis sienas.
Aquí, escúchame!, me sorprendo en las playas buscando la ruina de un
palúdico ángel de madrépora.
Extraño dentro del aire extraño, circulo entre las argénteas columnas de
los templos de palmeras,
sintiendo cómo mi corazón accede a la cruel sirga de los continentes,
comprendiendo el rictus secreto de esas rocas tan fabulosamente distantes
de los pinos.

¡Oh patria que tan amada has sido con lágrimas!,
dime, ¿qué hago aquí fugitivo como siempre de toda llegada,
sitiado por atléticos perfumes,
dentro de las tardes de caballos y arcos iris,
cerca de los ríos que ignoran la línea de mi cuerpo?
Yo también podría llorarte, sollozar sobre las radiosas manos de los días
adornadas con los sencillos anillos de las horas,
porque aquí todo es distancia para el anhelo nómada,
todo es lejanía para la tristeza que, a través de las ramas negras,
iba antes a inmovilizarse en la luz de los inviernos.

Llanto y sollozo quizás, pero la nostalgia no.
¿Cómo puedes ser nostalgia si no te has desprendido de mí,
si eres tan fuerte en existencia que lo terrible se soporta ligeramente,
como la silenciosa violencia del amor en el refugio de los cuerpos?
Tu grito inmenso —detonación de velas en la bruma—
ha roto el anuncio de la sonrisa del universo que se iniciaba en mis
cansadas plegarias.
Total y sin límites en mí, sintiéndote, minándote, incorporándote al
instante que se eleva con las alas rotas,
hallándote entre la realidad abrupta de la orilla y el rápido sueño de
la corriente.

Tú estás en todas partes.
Tú estás allí donde la muerte crece y se ensancha como una
desembocadura
y va, con sus santos y héroes, a abrir la boca del silencio.
Vives en el grito del vencido que se perpetúa pasando de las raíces,
a las cunas,
esperas en las constelaciones del destino que ya está escogiendo la
forma de la esperanza.
Tú estás allí donde nace la bondad del hombre,
donde los pueblos con estrella de justicia se sientan mirándose tran-
quilamente a la cara,
tú respiras coronada de montañas y vestida de mar y espigas.
Tú eres la paloma que descansa en el arado del tiempo,
la resistencia de tus hijos a caer y callar,



esta vigilancia del alma que hace comparar a las tuyas todas las flores
del mundo,
astro vertiginoso atado al ancla de mi angustia, limpio dentro del
fango, claro en la moviente obscuridad de la noche marítima.

Tú eres la tierra,
el árbol,
el fuego.
Invenciblemente hay que ir levantando el sonido de tu caída,
el violado peso joven de tu libertad enterrada ha de brotar, en las cum-
bres, bajo los arcos del alba nueva.
Yo solamente vivo por la entrada luminosa de tus pájaros en los gra-
neros del mundo,
por la resurrección exacta de tu voz en las espumas.

Santo Domingo, noviembre de 1940.

UN POEMA DE LA ISLA

A Rolfe Huphries.

Que los negros no canten, que no entren más barcos
en esta desembocadura de lunas bajas.
La noche rompe sus cántaros bajo las palmeras.
Huyo del aire, del minuto que roe
los ojos vacíos, de la luciérnaga que habita
su agujero de luz,
de la boca de la costa que no ha mordido nunca frío.
Porque aquí te pienso, día como un caballo de oro
perdido en la niebla,
en esta sombra, en esta noche de sal lenta,
olvidado de mis manos
roto como una estatua de azúcar
entre la canción de los grillos.

No veo la ciudad ciega, la ventana, las estrellas,
las piedras —tan terribles y últimas como el orden
en la mano de un muerto—:
no sé nada de lo que sostiene destinos
y roba el incendio de las amapolas para las banderas.

Devuélveme, día, tu cicatriz de sol,
haz que la torre de las campanas y el ciprés,
el camino loco de tarde y romero,
vayan a buscarme dentro de las aguas de Tamariu
donde mi cuerpo abierto volaba lentamente
tuteando a barcas y montañas.
Quiero ir de nuevo hacia el nacimiento estrecho del trueno
en etapas que salten de hoja a hoja,
hundirme en el olor de los vestidos de los pescadores.
Deja que, una vez más, las espigas
pongan un rumor de insecto
entre mi piel y la camisa mojada.
No puedo olvidar
que cuando las muchachas se iban
con sus rostros de girasol
yo podía dormir, cubierto de pájaros,
con retama fría en el valle del vientre.

AGUSTÍ BARTRA

(Traducción del catalán).

El Consejo de Hispanidad

(De Argentina Libre. Bs. Aires, 16, enero, 1941)

La gente propende a tomar en broma este asunto. De broma parece, porque mostrar afanes imperialistas un pueblo que vive intervenido y esclavizado, que no trabaja y que no come, tiene los caracteres de una paradoja chusca. Sin embargo, yo he recomendado siempre que nadie se ría de los disparates totalitarios, pues la vida nos está enseñando que todos ellos o pueden alcanzar una realidad o, cuando menos, envolver el peligro de una perturbación. Vamos, pues, a ocuparnos seriamente del flamante Consejo.

Ya el título es alarmante porque, evidentemente, está hecho para recordar al Consejo de Indias, es decir, el organismo que gobernaba las colonias americanas. No se trata de un "centro cultural" ni de un "organismo de relaciones científicas" o de un "ateneo hispanoamericano". Se trata del Consejo de Hispanidad, a secas, es decir, de una obra de España para imponer a otros territorios la acción de España. Quede aquí el primer motivo de alarma.

El segundo es más claro todavía. España se jacta de querer constituir un imperio. Imperio es la extensión de la potestad política más allá de los límites geográficos e históricos de una nación. Hay, pues, que pensar hacia qué tierras querrá España extender su hegemonía política. A tierras nuevas no debe ser. Parece poco verosímil que se disponga a conquistar a Rusia, los Balcanes, Oceanía o el Sur de Africa. Es inevitable que el pensamiento se enderece hacia aquellos sitios donde España tuvo en otro tiempo autoridad positiva. Esos sitios son: una parte de Italia, Nápoles especialmente, y otra parte en Austria, Alemania, Holanda y Bélgica, es decir, las tierras unificadas a nuestra Corona por Carlos I. Pero da la pícara casualidad que Italia está todavía (quizá no sea por mucho tiempo) en manos de Mussolini y los pueblos centro-europeos en las de Hitler. Uno y otro son los verdaderos amos de España y a nadie se le ocurrirá que vaya ésta a disputarles su jurisdicción. Fue también España dueña del Rosellón y la Cerdeña, países de habla catalana. Reconquistarlos podría tener ciertos visos de verosimilitud si no fuera porque todo eso contribuiría a hacer una Cataluña mayor, y es bien sabido que los ocupantes del Poder español nada odian tanto como Cataluña. Si pudieran pulverizarla, la pulverizarían. Engrandecerla, de ninguna manera. Por si acaso.

En el norte de Africa tiene también España su historia, sus títulos y sus necesidades, pero todo está ya ocupado por Italia, por Inglaterra o por Francia.

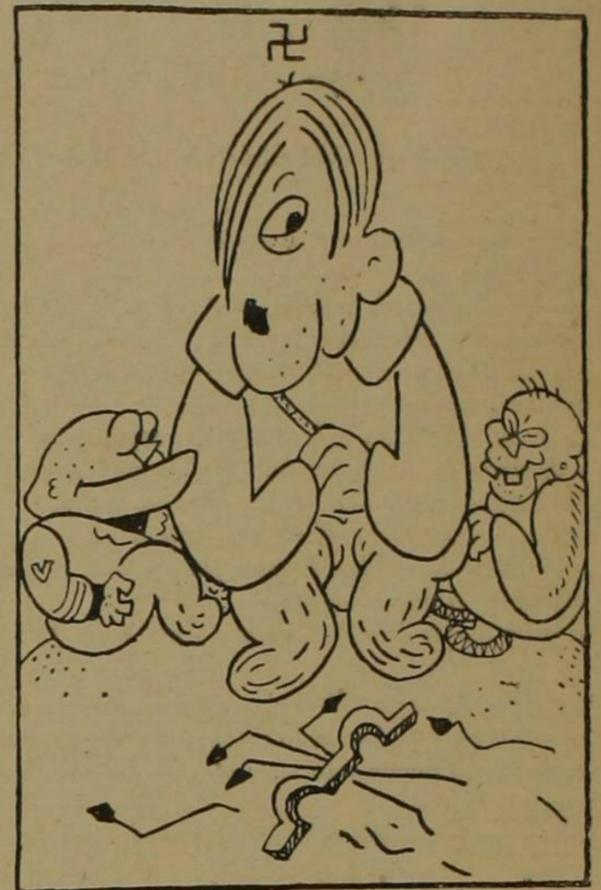
Se ha pensado en dejar a España expandirse por el Marruecos francés, lo cual no sería, ciertamente, para nosotros ningún buen negocio. Mas ya hemos visto que tan pronto como se enseñó al fascismo español la golosina, se la apartó del alcance de sus dientes. Hitler quiere imperar en la Francia europea, y su empeño se dificultaría bastante si regalase a un tercero la Francia africana. De modo que, por ahora, no hay que pensar tampoco en eso. Si Francia sigue bajo la garra de Hitler, éste no querrá privarla de la zona africana. Si Francia se emancipa de la invasión tedesca o ambos países llegan a un rompimiento, podría Hitler dejarnos las manos libres, pero... libres para sostener una guerra con Francia. En nuevas guerras no pueden pensar los gobernantes españoles.

Por exclusión se llega a comprender que el ansia imperialista no puede satisfacerse en otro territorio que en el americano. Aquí sí que es fácil cantar coplas a la luna. La raza... la lengua... la religión... la civilización... la cultura... la unidad de pensamiento... ¡Qué sé yo! Sobran las razones poéticas para volver a meterse en América. Sólo lo estorba un motivo: la realidad. Cuando veinte pueblos han conquistado su independencia con las armas y llevan cerca de siglo y medio gozándola, es muy difícil que se presten a supeditarse de nuevo a una tutela opresora y vergonzosa.

Pero, en fin, España quiere volver a América. ¿Cómo volverá? ¿Por el cerebro? ¿Por la cultura? Eso sería contradictorio con la definición de la España del día. Todos sabemos que la dió el general Millán Astray con el grito de ¡muera la inteligencia! y la puntualizó el marqués de Lozoya abogando por el aumento del analfabetismo, ya que a la incipiente cultura del pueblo se debe la mayor parte de los males que nuestra Patria ha sufrido. No hay, pues, que pensar en el entendimiento, herramienta que siempre ha estorbado a los totalitarios. Habrá que pensar en la fuerza. Pero ya en este punto no necesito discurrir por cuenta propia, pues los políticos españoles de hoy me dan el camino desbrozado. En España gobierna autocráticamente la Falange. La Falange tiene un programa, obra de José Antonio Primo de Rivera, el adorado, el infalible, el divino. Y en este programa hay un punto tercero que dice así: "Tenemos voluntad de imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extrajera. *Respecto a los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales*". ¿Está claro? No basta la unidad de cultura ni la de intereses económicos. Es preciso la unidad DE PODER. Es decir, el mando político, en buen castellano. Claro que la unidad podría hacerse mandando España o mandando un pueblo americano. Mas no creo que haya necesidad de demostrar que el pensamiento falangista no está en supeditarse a Baldomir, a Batista o a Ortiz. Es España la que ha de mandar. Y no así como se quiere sino para conquistar mediante ese mando títulos de preeminencia universal. ¡Esto sí que es Imperio!

Brota la carcajada estruendosa. Pero será irreflexiva. Si Alemania pierde la guerra, todo el sueño imperialista español se deshará como sal en el agua. Pero si por acaso la ganara (no lo permita Dios) la quimera tendría fáciles caracteres de realización. Lo mismo que la fábula del comunismo ha servido para que los alemanes e italianos invadieran a España, la fábula del hispanismo serviría para que detrás de un general español, más o menos inválido física y mentalmente, vinieran los barcos, los aviones, los tanques y las ametralladoras de Hitler. Para recibirlos con los brazos abiertos, ya está todo bastante preparado en este continente. Es baldío distraerse por hipocresía o por ignorancia. La amenaza que se lanza es la de una conquista armada.

La constitución del nuevo Consejo de Indias revela a las claras los propósitos belicosos.



Consejo de Hispanidad

(Dibujo de Toño Salazar)

cosos. En él se han incluido los nombres de tres españoles de valía: Menéndez Pidal, Falla y Ortega y Gasset. Los tres, *casualmente*, fugitivos de España. Seguro estoy de que nadie ha contado con ellos para ponerles en ridículo. Y si han contado, tanto peor para ellos. El resto, hasta cincuenta, son tres generales y un coronel (buenos representantes de la intelectualidad), seis frailes y dos obispos (buenos representantes de la tolerancia), seis jerarcas de la Falange y unos cuantos funcionarios tan falangistas como anónimos. Cierzo que España no tiene hoy cosas mejores de qué disponer, pero la lista advierte que la unidad de poder se quiere cimentar sobre la fuerza y sobre el partidismo político. Los tres nombres intelectuales están puestos para disimular.

Parece, por las noticias (me cuesta muchísimo trabajo creerlo) que en el consejo están incluidos los embajadores de la Argentina, Chile, México, Cuba y Perú. El embajador de México es una entelequia, pues, hasta ahora, no hay noticias de que ese país haya restablecido las relaciones con España. Mas con él o sin él, la intervención de cinco embajadores americanos en un organismo que se propone reconquistar a América mediante la *unidad de poder*, es cosa de perder el juicio. Habían de no ser las cosas tan agrias como son de parte del falangismo español, y la inclusión de embajadores americanos en un organismo político de un país totalitario sería una imprudencia inconcebible. Confiemos en que los gobiernos respectivos no autorizarán tan grave insensatez.

El absurdo es tan grande, que, según acabo de leer ahora mismo en un periódico, un falangista radicado en Venezuela termina de publicar en *La Esfera*, de Caracas, un artículo riéndose desafortunadamente del intento de intrusión del poder español en América.

Convendría que sobre tan grave asunto todos expusiéramos nuestra opinión. Para dar el ejemplo, comenzaré por exponer la mía. Los españoles republicanos que de an-

tiguo viven en América o que recientemente nos hemos refugiado en ella, jamás colaboraríamos en el criminal intento. Si se constituyera un *Consejo de Americanidad*, pediríamos puesto en él para luchar contra los imperialistas de España. No queremos Imperio. Ni regalado. Ni si quiera en países salvajes. Habría de brindársenos y le repeleíamos con indignación, porque el Imperio es coacción de la libertad, desconocimiento de los atributos del ser humano, apoderamiento indebido de riquezas, opresión, humillación, tiranía. Pudo hacerse todo esto en los momentos en que se salía de la tiniebla de la Edad Media. Al mediar el siglo XX un liberal, aun tratándose lo repito, de salvajes, puede pensar en convencer, en ilustrar, pero nunca en imperar por la fuerza. Y esto digo en la hipótesis de un pueblo selvático ¿qué diré de veinte naciones cultas, laboriosas, en plenitud de vigor y de ilusión? Estas naciones se emanciparon de Carlos IV y de Fernando VII. ¿Y se pretende ahora que se dejen acorralar por el yugo y las flechas de la Falange? Frente a eso estaremos los españoles que no hemos perdido el seso. Con nuestra acción, con nuestro dinero, con nuestra sangre

Pero aquí surge un problema de máxima gravedad. Nosotros podremos y queremos hacer todo eso si América, en efecto, quiere defenderse de la tiranía. Pero ¿y si no quiere?

La pregunta parece blasfematoria, pero adviértase que en todos los países americanos hay una corriente de opinión enamorada de Franco, de su Falange, de sus programas y de sus procedimientos. ¿Quiéren, pues, esos americanos volver a ser colonia? ¿Quiéren que la Falange traiga aquí su fuerza y sus métodos? En tal caso, la opinión americana aparecería dividida y habría surgido un problema de política interior en el cual los españoles no tendríamos derecho a inmiscuirnos. Parece criminal que haya americanos que renieguen de la libertad de su patria. Pero la verdad es ésta y no tiene disimulo. La Falange quiere establecer en América la unidad de poder. Si ellos están con la Falange es que quieren, en efecto, que el poder español vuelva a imperar en estas tierras. No pretenderán el imposible de admitir todo un programa, todo un sistema, toda una mecánica de gobierno, menos el punto concreto que a ellos les moleste. Sobre que el totalitarismo no admite esas distinciones. Hay que tomarlo o dejarlo íntegramente. Fíjense bien los que aquí juegan al falangismo. Cuando vitorean a la Falange están votando por ser esclavos.

Esto es cuanto se me ocurre. Estoy persuadido de mi razón. Lo que no sé es si la he expuesto con la suficiente claridad.

ANGEL OSSÓRIO Y GALLARDO

Toda una vida

(En el Rep. Amer.)

Mi primer cuidado al llegar al puerto fué el de conocer el barco en que iba a efectuar el viaje; antes que nada quería verlo con un deseo extraño, como si ello me fuera a traer suerte, o tal vez para aquietar no confesados temores ante la travesía próxima.

En el muelle estaba sin movimiento, dejando que sacaran de sus profundas entrañas el cargamento que traía de otros mundos; los alijadores se movían con afán de hormigas y las grúas chirriaban como burlándose del trabajo humano, ejecutando el suyo sin esfuerzo, con la precisión de su estructura mecánica.

Un barco siempre despierta ideas de lejanía, como si abriera los horizontes de nuestra mente; yo pensaba en nuevas ciudades que se prenderían ávidamente a mis retinas ansiosas; pensaba en ese misterio augusto que encierra el mar; pensaba en ese adiós amargo e inculpablemente agorero que se da cada vez al hogar, a la Patria.

De mi abstracción me sacó un fuerte golpe al que se acompañó una expresión de gusto. Frente a mí estaba un hombre; su sonrisa se me hacía familiar y el tono de su voz parecía entrar a lo más profundo de un recuer-

do. No sé si por el brusco retorno de mis pensamientos que se habían adentrado en el mar, o por la vuelta a su pasado remoto, tardé largos minutos en darme cuenta de que tenía frente a mí a un amigo, a un entrañable amigo de cuya ruta perdida en Francia, en España, que sé yo donde, no había tenido más noticias. Nuestros brazos se cerraron en un fuerte abrazo y el silencio del primer momento fué la mejor voz de nuestra emoción.

Los días, los años; muchos días y muchos años habían corrido. Nosotros éramos los mismos y sin embargo parecíamos otros. Nuestras vidas habían conocido penas y alegrías; el tiempo había corrido unas veces tarde y otras ligero. Y todo ello podríamos concretarlo en unas cuantas palabras, resumirlo en una conversación. ¡Que pequeñas eran nuestras vidas!

Para hablar con mayor comodidad habíamos decidido instalarnos en un café; por las calles discurrían mujeres con vaporosas ropas de verano que se pegaban a sus cuerpos ardientes; los marineros en tierra daban la impresión de niños grandes que estaban aprendiendo a andar. El bullicio era grande pero daba una sensación de vacío a nuestras palabras. Nuestro mundo era otro mundo.

—Y ...? Aquí mi amigo pronunció un nombre de mujer que no hace al caso.

El recuerdo fué como una rosa de la que nuestras manos arrancaron uno a uno sus pétalos.

Recuerdas...

Recuerdas...

Recuerdas...

Nuestro pensamiento fué escalonando la nueva vida de lo pasado; removió escombros y de ellos hizo el milagro de la remembranza; los días corrieron hacia atrás y el perfume de los tulipanes aromó nuevamente lo que se había perdido en el tiempo pero no en el corazón.

Toda una vida fué rehaciéndose; toda una vida se estructuró en un nuevo andamiaje, con pedazos que parecían dispersos.

Pero todo era endeble; todo falto de consistencia. Era toda una vida y sin embargo no era nada. La ilusión; el dolor; el incompleto olvido; lo que fué y lo que no fué; lo que pasó y lo que quedó en anhelo, eran toda una vida y no eran ya nada.

Inútil afán de torcer un destino, de buscar un nuevo cruce en los caminos separados para siempre y perdidos en lo inasible.

El tiempo es siempre un intruso que arregla o termina las situaciones; era ya la hora de la partida y mi viejo amigo me acompañó hasta el muelle. Ya nuestras palabras no tenían objeto, se referían al empeño de la luna en regar su plata sobre las aguas de un mar tranquilo, a la incertidumbre del regreso, a cosas más allá de nosotros, intrascendentes, pequeñas.

Pronto el barco soltó sus amarras y con estudiada lentitud cruzó la bahía. A bordo la música sonaba con estrépito y todos sufrían apresuramiento de placer, como si más tarde no lo fueran a encontrar.

En la lejanía el faro nos daba los últimos adioses de la Patria; su luz intermitente parecía ser el pañuelo agitándose en la despedida. Después se perdió su luz y las estrellas se enseñorearon del cielo.

Y sentí que allá, en la mesa del café, junto a los trastos vacíos, también inútil, quedaba una vida, toda una vida...

CELESTINO HERRERA FRIMONT

Legación de México. San José, Costa Rica, octubre de 1941.

La modestia en la mujer

Las nobles cualidades de este sexo, en que, como he notado ya, nunca se ha de echar de menos lo bello, en nada se manifiestan más clara y seguramente que en la modestia, una especie de noble sencillez e ingenuidad recubriendo notables condiciones. De ella brota una tranquila afectuosidad hacia los demás, unida al mismo tiempo a una cierta noble confianza en sí mismo y una razonable estimación propia, que siempre se encuentra en un carácter elevado. Esta mezcla, realizada al mismo tiempo por los encantos y por el respeto que infunde, pone en seguridad todas las otras brillantes cualidades contra la malicia de la censura o de la burla. Las personas de este carácter tienen también corazón para la amistad, que en la mujer nunca podrá estimarse lo suficiente, por ser tan rara y porque al mismo tiempo resulta tan deliciosa.

(Kant, Lo bello y lo sublime.—Calpe. Madrid, 1919).

SI usted necesita un libro que no tengamos se lo pediremos inmediatamente. Estamos en conexión directa con los mejores distribuidores y editoriales del mundo

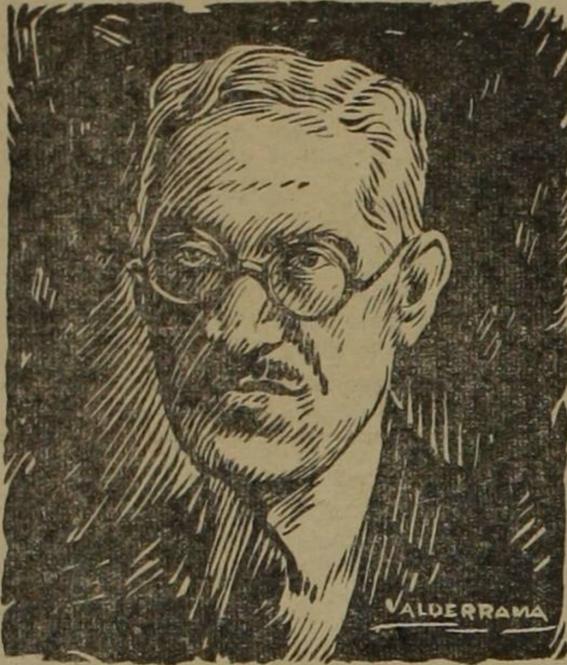


SAN JOSE

COSTA RICA

J. Conangla Fontanilles

(Xilografía de Valderrama)



Noticia

J. Conangla Fontanilles. *El Alma de Cataluña*. Antología poética en verso castellano, por el propio compilador. La Habana, Imprenta La Milagrosa, 1941.

El autor de este libro nació en Cataluña, militó desde su juventud en el republicanismo federalista español, y lleva ya más de cuarenta años de residencia en Cuba, vinculado siempre por su libérrima voluntad al noble periodismo y a la defensa de las mejores ansias liberales y democráticas. Poeta, sociólogo, ensayista, ha publicado más de treinta libros y folletos entre los cuales se destacan y han sido objeto de elogios dentro y fuera de Cuba, *Engaños y Errores del Comunismo*, *La Naturaleza de las Cosas*, *Federalismo y Confederalismo*, *Espíritu Humano y Social del Arte*, y *Humanología*. Este último libro lo reputó Alfonso Cravioto como "uno de los libros de mayor solidez intelectual entre los escritos en América, bellísimo en la forma y muy hondo en el pensamiento."

Su cubanidad y americanidad probadas, no han impedido, sin embargo, que Conangla Fontanilles sintiera siempre al unísono de las aspiraciones liberales de su tierra de origen; y de ese sentir ha dado muestras sucesivas en el decurso de los años, la más resonante de las cuales es esta Antología poética cuidadosamente traducida por él en verso castellano, obra que estaba por hacer y ha sido lograda con insuperable acierto, a juzgar por los encomios unánimes que merece de la crítica.

El Dr. José María Xammar, patriota y publicista catalán exilado en la República Dominicana, uno de los primeros conocedores del libro que nos ocupa, acaba de escribir: "No pudiera ofrecerse mejor mensaje que esta Antología, a las inteligencias de habla Castellana, para que Cataluña sea comprendida y estimada. Dudo que nadie pueda vencer con más agilidad las graves dificultades para el logro de esta obra; y es más: opino que se ha de poseer la lengua castellana en un ambiente amado, y no en el de la España estatal, para poderla hermanar con el espíritu de Cataluña en aquello que ésta tiene de más puro y selecto. Las traduc-

El Alma de Cataluña

(Damos el prólogo. Envío del autor. La Habana)

Mejor que en cualquier estudio de investigación etnográfica y aun que en la Historia, (expuesta circunstancialmente a ser objeto de adulteraciones y de engaños), es en la Poesía donde puede hallarse el reflejo exacto de cada nacionalidad. Ya que es en la Poesía donde se condensan, en gradación diversa y a la vez conjunta, las emociones, los sentimientos, los ideales, las virtudes, los rasgos íntimos indelebiles de todo pueblo secular que hiciera del cultivo amoroso de su idioma, no sólo instrumento expresivo de altas calidades, sino también el nexo más vigoroso de profunda y solidaria identificación entre sus generaciones sucesivas.

Si en todos los climas de la Cultura es siempre oportuno el dar a conocer un florilegio de Poesía nacional, sobran razones, por ende, para desplegar a todos los ámbitos donde se habla el lenguaje de Castilla, este libro que contiene una selección de composiciones poéticas catalanas, traducidas en verso castellano; libro que resulta una síntesis panorámica del renacimiento poético de Cataluña, iniciado en 1833 con la *Oda a la Patria* de Aribau. Corresponde, por tanto, esta antología, a poco más del primer siglo de ese renacimiento que lo fué simultáneamente, como bien se conoce, de todas las actividades estudiosas del pueblo catalán, y, por deducción indeclinable, de la conciencia política de ese pueblo.

No en vano el alma de Cataluña —ya lo observó Maragall— se condensa en el anhelo continuo de libertad. Y aun puede añadirse que ese afán insaciable se complementa sustancialmente con el aprecio más profundo a la propia dignidad; pues sin una, como sin otra, el catalán no puede vivir. Por ello, el espíritu de Cataluña se ha producido cada vez más apegado a la satisfacción de estas vocaciones íntimas, ya que ellas constituyen la sustancia medular de su carácter como pueblo. Y esas modalidades étnicas volverán a florecer y serán perdurables en el futuro, a despecho de cuantos estorbos, coacciones o circunstancias adversas, pero al cabo transitorias e inútiles, le han opuesto y sigan oponiéndole sus enemigos sistemáticos. Porque de igual modo que han florecido a través de generaciones catalanas pretéritas, volverán a surgir en las nuevas de Cataluña, los rasgos esenciales, los frutos genuinos de su personalidad histórica: todo ese patrimonio vigoroso y valioso del genio y del carácter catalán, inventariado en las páginas de este libro, o sea la más intensa pasión por la libertad; un anhelo de creadora actividad y de epicúrea felicidad, en todas sus formas; una devoción constante a la familia, a las tra-

diciones locales y a la patria; un sentimiento de adoración panteísta por los espectáculos y los misterios de la Naturaleza, especialmente por el mar y la montaña, con una sed eminentemente religiosa de infinito; una franca tendencia humanista y una gran sinceridad y pureza de emoción en favor de todos los derechos legítimos y de todas las causas justas; ansia constante de superación y de perfección en los nobles empeños vocacionales y profesionales; sentido artístico muy lúcido, de preferencias evidentemente clásicas. Y en medio de estos perfiles o rasgos distintivos del progresista carácter catalán, también finos matices y reflejos culturales de profundas impaciencias sociológicas; así como destellos brillantes y muestras delicadas de grácil humorismo, de airosa, elegante y refinada sutileza, que ciertamente no se producen sino en medio de realidades propicias al desarrollo emulativo de las energías espirituales más inquietas y vivaces.

Ofrece, por tanto, este libro antológico, un valor y un interés incalculables para todo español o hispanoamericano de mente serena, de espíritu estudioso y de sentimientos nobles y comprensivos, que aliente en desos honrados por conocer las palpaciones genuinas del alma inconfundible, nacional, independiente y eterna de Cataluña.

En los gravísimos momentos históricos por los que pasa el mundo, este libro, además, puede sugerir a las inteligencias cultas de lengua cervantina, otros motivos de reflexión aplicables no sólo al caso de Cataluña, sino también a muchas nacionalidades auténticas, cuyos pueblos y almas respectivas sufren martirios horribles de gran semejanza a los que de nuevo sufre el alma del pueblo catalán, a quien sus opresores obstinados vuelven a prohibirle, entre otros derechos y otras libertades de inherencia vitalísima, la libertad y el derecho de expresarse en su propio idioma.

Como si la variedad perdurable de los idiomas, en el mundo humano, lo mismo que la variedad de flores y de frutos en el reino vegetal, y la variedad de especies, cristalizaciones, formas, colores e integraciones múltiples en todos los reinos de la Naturaleza, pudiera ser impedida por el capricho loco o aberrante de cualquier César histórico, y pudiera obedecer a otras leyes que a las de la voluntad divina, reguladora del orden y de la armonía entre todos los elementos siderales; voluntad oculta a nuestros sentidos físicos, pero evidente para todo espíritu racional, estudioso y civilizado.

Y otra deducción oportuna, lógica y eminentemente política, trasciende de este libro: la enseñanza de que el único remedio para aquietar y solucionar de modo práctico el conjunto de problemas internacionales dantescaamente crispados en el mundo, será el afianzamiento cuidadoso, en cada país, de un régimen basado en los principios inmanentes y sustanciales de la auténtica civilización, o sean los principios de libertad y de bien entendida democracia, únicos que pueden mantener el respeto recíproco y la fraternal convivencia entre las diversas nacionalidades, lo mismo las constituidas que las esclavizadas por invasores malvados.

Solamente por medio de ese régimen, y de su corolario: la organización de voluntarias confederaciones entre pueblos libres, podrá obtenerse ese remedio ideal. Solamente al amparo de ese nuevo régimen coordinador, podrán re-

ciones de este libro conservan la música, el ritmo y la emoción de su origen; transplantadas a Cuba, no podían encontrar mejor tierra, ni mejor jardinero en labores tan delicadas."

El nuevo libro de Conangla, cumple, pues, su alta y generosa intención: hacer conocer, respetar y estimar debidamente el alma de Cataluña, a través de una ponderación variadísima de producciones poéticas. Libro original, extraordinario, interesantísimo, dedicado a los intelectuales de los libres pueblos de América; y genuinamente americano, por todo ello, no obstante su nombre.

(América. La Habana, abril, 1941).

(Pasa a la pág. 336).

Un canto vivo de Torres Ríoseco

Arturo Torres Ríoseco
(1939)

(En el Rep. Amer.)

Canto a España viva, por Arturo Torres Ríoseco. México, 1941, en la Imprenta de Miguel N. Lira.

Cuando se lee este canto de Torres Ríoseco se tiene la idea de que el tiempo para hablar de España recién empieza. Para cantar a España ahora, o bien hay que hallarse por encima del tiempo o hay que ser un varón de valor humano insuperable. Puede cantar a España el que ha vivido siempre a su calor, con la cara vuelta hacia su eternidad, con el corazón apesadado entre sus ruinas; también el que miró la tragedia revolucionaria y no la vió; el vago o tenebroso o lamentable zurcidor de versos, hurgador de bibliotecas o enamorado de España; no deseo denigrarlos. Hay gente enamorada de España, así como hay gente enamorada de un reloj viejo, de un gato regalón o de un álbum de familia...

Pero el que vivió la tragedia española, el que se encerró en su pecho de hombre a llorar la caída de Madrid, el que juró contra los falsos demócratas de Europa, el que juró que el mundo se había quedado sin flor en el ojal, sin entraña, sin guitarra, cuando los alemanes entraron a Madrid, el que dividió la historia de los tiempos modernos en "antes y después de la caída de España", el que aprendió a odiar en Guernica y cerró los puños y juró venganza, ése, cuando canta a España, es como el varón de dignidad mil veces probada que llora de súbito ante gentes desconocidas.

Pero vamos a ser claros, perfectamente claros; no se trata ahora de un señor que se sintió contagiado por una fiebre de simpatía hacia España y que se desbordó en versos; no se trata del joven imitador que aprovechó la guerra civil para intercalar los "puñales", las "lunas" y las "gitanas" que había tomado prestados—prestados!—de García Lorca o de Alberti; no se trata del traficante ni del amigo del traficante, ni es tampoco ninguno de esos señores de buena voluntad que con su mediocridad y tontería desprestigiaron la causa española, aburrieron a las gentes y apresuraron el proceso de la derrota.

Voy a referirme al canto vivo de Torres Ríoseco que es un poema valiente, humano y varonil. Es un libro de hombre; es una anti-elegía; es el poema hecho para anunciar, para rebelar y, también, es un poema hecho para que el corazón de los hombres se apacigüe y se fortifique en una fe más nueva y más grande. Este poema lo podía haber improvisado Torres Ríoseco junto a un brasero en un rancho de la montaña chilena y los campesinos habrían llorado; lo pudo haber narrado en cualquier bar de la calle San Diego, y las cuatro patas del vino se habrían conmovido. Ninguna voz más desnuda, ningún tono tan poderoso, ninguna expresión tan simple, ningún pensamiento tan preñado.

*Yo que anduve en la noche sin fin de tus mujeres,
sonámbulo y amable, con actitud de indiano,
con muchos "como nos", "no más" y "mire, pues..."*



Es el criollo que se toma el derecho a cantarle a la tierra de España; el criollo que dice "he aquí mi parte en la tragedia" y la canta como criollo, con palabra gruesa de sudamericano, con inspiración de joya, de hombre que ha nacido bajo la Cruz del Sur. No nos importa lo que el español pueda pensar de nosotros. Yo siento por España la mismo que siento por el *mote con huecillos*, y estoy seguro que si un nazi profanara la *animita de la calle Lastra* o el *bar del Hombre de la Barba*, el chileno sentiría lo mismo que el español sintió cuando el bombardeo de Guernica. Unos se sacrifican por una batidera, otros por una mujer, otros por un gobierno, otros simplemente por la tierra. Los chilenos aunque tenemos una tierra estrecha *desguañangada* y larga como el cuerpo de la que no es mujer todavía, la amamos con violencia y decisión y estoy seguro que sólo el día que se dé media vuelta para botarse al mar, perderemos nuestra esperanza. No es nuestra culpa si a este sentimiento de la tierra hemos unido a España.

Pero lo admirable en este canto no está sólo en su tono sino, además, en su contenido. Aquí está planteada la unidad hispana, y éste es uno de los motivos que me autorizan para hablar de valor y hombría escribiendo esta reseña. La moda corre movida por otros vientos. Nadie piensa ni habla hoy día de lo que España guarda en nuestra América ni de la vena que corre desde nuestro corazón hasta la península. Los locos de la radio, del cine y del deporte gustan más de mirar al Norte en cuanto a unidad se refiere; y como estos locos forman una mayoría de población, ellos poseen la dictadura de la moda y orientan la respetable y divertidísima opinión pública. En ciertos sectores se ha dado en hablar ahora de una unidad que hace el paraíso de los mediocres: es la unidad que nace de los banquetes, de los empréstitos y de las jiras turísticas; la unidad que se basa en el desconocimiento de la historia y en el temor a la cultura. Hablar de unidad hispana significa hablar y pensar en términos de cultura, significa saberse unido por el espíritu y darse cuenta de que existe un destino, una tradición y un futuro ante nosotros. Hablar de unidad hispana no significa apoyar los sueños ridículos y cavernarios de quien sueña un nuevo imperio español, ni significa tampoco oponerse a la unidad panamericana. Es necesario convencer a las gentes de que una unidad internacional debe hacerse a base de respeto mutuo y de igual grandeza de las partes, debe ser el producto de una necesidad histórica y de un profundo entendimiento y coordinación de todas las fuerzas de la cultura. La unión de dos partes que se desconocen, que se ignoran y que hasta, tal vez, se odian, no es unión sino pandilla. Cuando una de las partes no es ni siquiera homogénea, ni siquiera ha descubierto las bases de su estabilidad como conjunto, desconoce y desdena sus tradiciones, se desenvuelve improvisada y superficialmente, entonces, la unión no es ni siquiera pandilla, es sencillamente la unión del amo y del criado. Planteando ahora el tema de nuestra hispanidad estamos esgrimiendo un arma que nos puede salvar del vasallaje, estamos buscando la base que nos permitirá ir a un frente panamericano de un modo digno y de consecuencias duraderas.

Torres Ríoseco ha expresado una doctrina de la resurrección de España en la América hispana y sentimos que su doctrina lleva algo en las palabras, lleva una sangre que es auténtica, una voz que es sencilla y pura, lleva consigo un



viento que ha de ir creciendo, lleva un océano de materiales que aguardan un aliento para edificarse y echarse a andar.

*Tenemos que recrear a España
en acto humilde o en acción heroica;
que cada uno sea su Colón
que cada uno sea su Quijote
que cada uno se descubra cotidianamente
que cada uno encuentre sus molinos de viento
que cada uno llegue a su Guanahani de ensueño
que cada uno corte su rosa
y ponga los ojos en su estrella.*

Este poema claro y potente, de expresión obrera, suena nuevo, súbito, audaz, porque es un canto a la cultura de España, a la vida ciudadana de España, a la fuerza de la tierra española, a la visión y al poderío de sus gentes, expresado en un instante en que los ciegos dirigen sus cuencas vacías hacia la península y allí donde está el más maravilloso molino y la encina más fornida, aseguran que no hay sino viento y muerte, muerte que no puede ser más muerta que la de su propia mirada.

FERNANDO ALEGRÍA

México, D. F., octubre de 1941.

Arturo Torres Ríoseco

(En el Rep. Amer.)

Simpático y dicaz. Agil en la conversación. Profesor sabio. Pasea su pensamiento con elegancia por las sendas literarias americanas. Tal es Arturo Torres Ríoseco.

Estudió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Más tarde salió por otras fuentes de saber. Y abrevió conocimientos en las universidades norteamericanas, donde se doctoró en Letras. En aquellos claustros quedó prendido su espíritu de estudioso permanente. Y allí enseña historia de las letras hispánicas, trabajando como catedrático, como crítico, como poeta.

No conozco sus numerosos libros. Pero de los cuatro que he leído he sacado emoción y conocimiento, es decir, valor artístico e información de alta calidad crítica.

Ausencia, amplia colección de poemas, posee

poesía. Su lirismo es masculino, intenso, fuerte. Varios de los romances, que integran este libro, penetran en el alma chilena con raíces hondas, cabales.

Pertenece por su contenido poético a la tendencia post-modernista, escuela que ahonda en el espíritu del poeta y por su penetración en el propio yo consigue plasmar la auténtica experiencia personal. Torres Rioseco es por ello un poeta legítimo, sin posturas, con un sincero mensaje de belleza original, que se traduce en versos sobrios y claros.

Su labor de crítico se ha multiplicado en ensayos bibliográficos, en penetrantes exámenes de interpretación literaria, en sápidas antologías de prosistas y poetas.

El crítico convierte en categoría de conocimiento el material que el artista elabora a base de intuición, fantasía y genialidad. Y para este

trabajo de verter en conceptos lógicos el sentimiento estético, se necesita gran poder de reelaboración mental. Pues bien, Arturo Torres Rioseco ha sabido hacer todo eso con honradez, valentía, constancia.

Su postrer libro, *Novelistas contemporáneos de América*, es una obra de grande importancia para el estudio de la novelística de estos estados desunidos. Acaso ahora no se le juzgue con equidad ni en todo su alcance. Pero día llegará en que la faena crítica de Arturo Torres Rioseco sea evaluada en sus varios aspectos. Y ese día no está lejano, porque el gran profesor ha trabajado con aseada idealidad. El trabajo es una de las formas de la nobleza humana.

NORBERTO PINILLA

Santiago de Chile, setiembre, 1941.

Respuesta peruana a 2 mensajes ecuatorianos

(Véase, en el tomo en curso de este semanario, el N° 16)

Lima, 20 de Octubre de 1941.

Señor J. García Monge,
Director de *Repertorio Americano*
San José de Costa Rica.

Señor y amigo:

Con la cordialidad de siempre me ha llegado el último número de *Repertorio*.

Esta vez mi querido don Joaquín muy a gusto y muy a mi pesar debo dirigirle algunas líneas; muy a mi gusto digo, porque pretendo que sean de desagravio a *Repertorio*, y muy a mi pesar, porque he de tratar de un tema de por sí desagradable. Me refiero a los "dos mensajes ecuatorianos" que trae el número 16. En los dichos mensajes no sé qué admirar más: si la inventiva, la insidia o la temeridad, pues sólo de las tres cosas tienen y en cargada dosis.

Soy de los que creen que la inteligencia ha de ponerse sólo al servicio de fines nobles y no bastardearla en menesteres mezquinos. Los llamados intelectuales y artistas ecuatorianos—a los firmantes de los mensajes me refiero—(supongo que hasta algunos nombres, muchos nombres hayan sido tomados sin consulta. Ojalá no me equivoque), creo que han hecho mal uso de su condición y misión de tales y como a tales les

corresponde, y creo también que aún no habiéndoles bastado eso, que ya es de por sí grave, han hecho abuso de la hospitalidad y de la amplitud de espíritu de un periódico y de un hombre, recurriendo a las páginas de *Repertorio* y a la cordialidad de Ud. mi querido don Joaquín. Sabiendo de su generosidad no han vacilado en sorprenderle con afirmaciones antojadizas, que más que expresión de justo llanto, lo son de infame lloriqueo.

El hecho de recurrir al amigo y al intelectual, para exponer falsedades, entraña dolo y abuso de confianza.

Los intelectuales ecuatorianos con estas medidas pretenden hacer de un conflicto local, limitado a las fronteras de dos países, sometido a la voluntad de dos gobiernos, que es sobre todo problema policial y no "intelectual", un volumen y una importancia continentales, desmedidos desde luego. Tratan de sublimar un hecho y lo elevan a un plano al que no alcanza y no le corresponde.

Si dos gobiernos no concuerdan en un punto sometido a su jurisdicción, tienen múltiples formas cómo llegar a soluciones apropiadas, mas en ellas, nada tienen que ver los intelectuales y artistas (digo gobiernos y sabemos cómo lo son) pero si los intelectuales y artistas que creo que

por su calidad de tales, deben estar al margen del oficialismo, para ser verdaderos se entiende, y llevar tales calificativos bien merecidos, intervienen como lo hacen los intelectuales ecuatorianos, en la forma como lo hacen, pierden todo respeto y toda valía. Ya no se verá en ellos a los valores humanos y sociales, representativos del dolor colectivo y de la inteligencia creadora. Se convierten en polizontes del oficialismo. Esa es la impresión que me ha producido la actitud de los llamados intelectuales ecuatorianos.

La lectura de los dos mensajes más que a compasión mueve a risa; lo primero es lo que han querido lograr sus autores, mas sólo lograrán lo segundo, no será culpa desde luego de los lectores, lo es de los autores.

Transcribiré sólo algunos párrafos para demostrar que en ninguna parte es posible dar crédito a algo que en sí lleva el descrédito. ¿No hay acaso descrédito en los dichos mensajes que contienen:

- 1.—Desconocimiento del significativo de algunos términos empleados;
- 2.—Desconocimiento de la Historia y Economía americanas;
- 3.—Desconocimiento de la Historia del propio país de los autores;
- 4.—Propósito de tergiversar la verdad; y
- 5.—Deliberado propósito de sembrar el confuisionismo y hacer de él un sistema de propaganda?

(1) Después de un acápite dice el primer mensaje "Acusamos al imperialismo peruano" La Economía Política elemental enseña que un país es imperialista o llega al imperialismo cuando es capitalista o su capitalismo alcanza alto desarrollo y rebasa las fronteras nacionales (Imperialismo última etapa del Capitalismo). El imperialismo tiene desde luego, por ser un sistema, en su esfera de influencia, modalidades económicas y políticas.

El imperialismo peruano al que acusan los intelectuales ecuatorianos ha de ser el de un Perú ideal, ficticio, un Perú que la mente deslumbrada y tropical ecuatoriana ha creado para su uso particular... no existe desde luego, en este Perú de los peruanos, que es un país todavía productor de materias primas.

(2) Si al Perú real, le asigna la intelectualidad ecuatoriana una individualidad económica que no posee, es lógico llegar a la conclusión que la economía americana les es desconocida a los firmantes de los mensajes.

(3) "Los actos del pueblo ecuatoriano han estado inspirados siempre en el auténtico pacifismo..." Agentes de quién son los intelectuales ecuatorianos: del pueblo o del gobierno? Si lo son del pueblo no habrían empleado el lenguaje ni la orientación que fluyen del texto de los dos mensajes. Luego hablan en nombre del gobierno de su país. ¿Acaso, el Perú no ha venido tolerando desde 1830 hasta los recientes días, con estoico pacifismo, tratando de limar, en pro de la unidad y del prestigio americanos, todos los obstáculos que Ecuador ha presentado a la solución del desacuerdo fronterizo?

(4) Para los intelectuales ecuatorianos, el Perú es el país que *siempre*, no sé qué acepción tenga en aquél país el término *siempre*, ha sido superior; esto sin que sea chauvinismo, es cierto, pero nó en la proporción anotada por los ecuatorianos quienes en sus mensajes sostienen: "...el Perú, que contó siempre con fuerzas diez veces superiores, en número de hombres, y cien veces mayores, en material bélico..." Cuando no hay responsabilidad ni respeto cualquier afirmación viene a pelo.

El que *siempre* el Perú haya sido superior no

Pensión Americana

Trasladada a su nuevo local "La Alhambra". 50 vs. al Norte del Parque Central.

Centro para el turista.

Punto de cita para la gente bien de la capital.

Best location in town. Hot water.
English spoken.

LAUREANO GAGO y Sra.

Teléfono 5228 - San José, C. R.



demuestra acaso la gran tolerancia con que este mi país ha procedido en más de un siglo?

(5) "Deliberadamente omitimos el recuento de los títulos que consagran nuestros derechos. El propósito que nos mueve está desnudo de alegaciones; hemos purificado nuestro pensamiento de recursos dialécticos, para enarbolar únicamente el blasón de hombres hechos con el barro fértil de estas tierras, impermeable al odio y a la sangre".

Deliberadamente omiten los títulos y la verdad de los hechos, ¿cómo quieren entonces ser juzgados? ¿Los jueces son acaso adivinos?

No quieren odio ni sangre, afirman. Y con las medidas como las que comento lo que hacen es precisamente incitar al odio y al derramamiento de sangre entre dos pueblos hermanos que nada tienen que ver con los errores de sus gobernantes o de sus "intelectuales". Sólo los gobiernos interesados en esta clase de argucias, los gobiernos de países imperialistas verdaderos, podrán dar validez a las afirmaciones ecuatorianas; más no los "hombres que representan la cultura integral de América".

Afirman que el Perú en su propaganda oficial trata de imitar a los países totalitarios europeos; con mayor propiedad, es a Ecuador, al gobierno de Ecuador al que le corresponde esa apreciación ya que mediante su insidiosa campaña ha logrado desorientar la opinión americana y que un país amigo del Perú, como los Estados Unidos "el buen vecino" se haga eco de dicha campaña y con un pretexto sin nombre, se apodere de unos aparatos usados, superados en la técnica, como son

La máquina y el hombre

(En el Rep. Amer.)

Mucho se ha discutido sobre las causas a que obedecen las crisis que experimenta el actual sistema capitalista y acerca de las nuevas fórmulas que pudieran ser adoptadas para evitarlas y para lograr establecer, con normas racionales, una estructuración económica favorable.

Se trata de problemas que por su importancia, debieran ser ampliamente discutidos, que deberían constituir la más grave de nuestras preocupaciones. Hay que arrinconar de una vez para siempre las ideas, que algunos quieren imponer, de que el luchar contra el actual estado de organización económica es un delito. Me parece mucho más suicida cerrar los ojos ante la realidad y hundirse en un abismo por poner toda clase de trabas a una discusión serena y razonada, única que puede permitirnos hallar las normas más racionales para el futuro bienestar humano.

Dedicado al estudio de las ciencias, al plantearse estos problemas he tratado siempre de buscar una explicación fundamentada, que me permita comprender cuál es el punto débil de los sistemas económicos que hoy dominan, y qué origen pueden tener las continuas crisis que trastornan la organización industrial de los países, incluso de los más avanzados técnicamente. Pensando sobre ello he llegado a la conclusión de que se da la paradoja de ser la causa de tantos males el creciente progreso científico y técnico que, con la fuerza de la verdad y del progreso, se opone a las concepciones sobre estructuración de los Estados, que aún privan en casi todas partes.

Mirando con la debida serenidad los hechos no puede existir la menor duda de que las organizaciones económicas dominantes adolecen de gravísimos defectos. El perfeccionamiento técnico en lugar de mejorar la triste condición de la mayoría de los hombres, ha servido sólo

los 18 aviones que de nada y para nada servirán a Rusia, para cuya defensa serán enviados como se afirma.

Hablan los intelectuales ecuatorianos de la unidad, de la comprensión y lo que realizan es lo contrario precisamente. Lástima, doloroso es que hombres que manejan la pluma, algunos la usaron muy bien, se presten a maquinaciones vedadas. Ni Perú ni Ecuador ganarán nada si siguen sus hombres representativos tergiversando la realidad de los hechos. Será una tercera nación, una tercera potencia, un sistema extraño el que obtenga ventajas. Alguien que a la sombra acecha, me refiero al nazismo. Por respeto y estima a los hombres de América, a Ud. mi querido don Joaquín, a *Repertorio*, es que me permito dirigirla las presentes líneas. Gracias por la lectura y como siempre de Ud.,

ALEJANDRO MANCO CAMPOS

lo, para la aparición de una serie de crisis, de las cuales la más grave es sin duda la actual guerra, provocada por un deseo de imponer por la fuerza al mundo entero un sistema que llaman nuevo, pero que no es otra cosa que la vuelta a la primitiva esclavitud.

Si deseamos llegar a la entraña de estos problemas, no puede dejar de causarnos un verdadero estupor el hecho de que el creciente perfeccionamiento de la maquinaria, base de la industrialización, no ha permitido un mejoramiento de las condiciones de existencia. Por el contrario, ha originado gravísimos trastornos económicos y un paro creciente, que arroja en brazos de la miseria a millones de seres humanos.

Nuestra extrañeza aumenta sabiendo que los recientes descubrimientos científicos permiten mejorar los cultivos y obtener un mayor rendimiento de las tierras. Sabiendo que las maravillosas obras de la ingeniería facilitan en tal forma las comunicaciones, que resulta sencilla y rápida la distribución de las primeras materias y de los productos manufacturados. Sabiendo, en general, que los avances técnicos han llegado a tal grado que científicamente constituyen el fundamento seguro de una creciente prosperidad.

Los descubrimientos científicos y en general los de inmediata aplicación, nos proporcionan las bases más amplias para asegurar el bienestar humano. Sin embargo ¡es triste reconocerlo!, sólo parecen haber servido para hundir, cada vez más, a la Humanidad, en la desesperación y en el hambre.

Existe por lo tanto un vicio, algo que funciona mal y que exige un urgente remedio. Este vicio no puede depender del progreso científico y técnico, sino de la forma económica en la que está fundamentada la organización de la sociedad humana.

PETIT TRIANON

CANTINA

SALON BAR

HELADOS

ESPECIAL DESPACHO DE FRUTAS

TELEF. 3918 *Gonzalo Monge Rojas* C. 5 - Av. F. G.

¿Cómo podemos comprender que ampliándose de día en día las bases de una extraordinario prosperidad nos hundamos cada vez más profundamente? Sólo es posible encontrar una respuesta satisfactoria: que todo depende de que los progresos técnicos y científicos no están al servicio de toda la Humanidad, beneficiándose únicamente unos cuantos, una minoría cuya única preocupación es conservar su predominio, aunque para ello tenga que desaparecer el Mundo.

Para comprender bien los hechos conviene pensar con serenidad en lo que significaría una organización económica racional, basada en el disfrute general de los beneficios que aporta el progreso. El panorama veremos que no puede ser más alentador.

Como en un sueño contemplamos millones de máquinas extrayendo del suelo las riquezas que atesora, las primeras materias con las cuales se pone en marcha una poderosa industria. Vemos los campos surcados por tractores, por sembradoras, por segadoras, por todo aquello que puede crear una agricultura floreciente. Vemos millares de barcos mecándose sobre las olas para extraer del seno de las aguas cantidades enormes de seres que mejoren nuestra alimentación. Vemos navíos incontables recorriendo los mares para distribuir por toda la redondez del globo las materias primas y los productos elaborados. Vemos carreteras y grandes obras de ingeniería que, facilitando las comunicaciones, son la base más segura para la unión de los pueblos y la fusión de los hombres. Vemos fábricas produciendo sin cesar, sin crisis y sin paros.

La máquina en la Humanidad futura, cuando esté debidamente organizada, redimirá al hombre del trabajo agotador, produciendo cada vez más y cada vez con menor esfuerzo. Una máquina libera al agricultor de la labor incesante que gasta sus energías e imprime a su rostro los estigmas del cansancio y de una vejez prematura. El hombre, que ha sido hasta ahora un esclavo de la tierra, que ha curvado su espalda para trabajar y sólo logra sacar de ella raquíscas cosechas, se convertirá en el dueño de la naturaleza gracias al maquinismo, librándose de todo esfuerzo y pudiendo remover fácilmente hasta sus entrañas para que sea pródiga en cosechas abundantes.

La máquina convertirá el sufrimiento continuo del minero en una labor soportable y hasta agradable. Poderosas perforadoras y trituradoras, ferrocarriles eléctricos recorriendo las galerías, abundante luz que puede incluso ejercer la misma acción saludable de los rayos solares. Las máquinas trabajando con inyectores de vapor de agua, que suprima el polvo y convierte la atmósfera de las galerías en respirable y sana. Ya no serán los penados y los parias los que tengan que bajar a perder su salud a las entrañas de la tierra; cualquiera podrá dedicarse a estos trabajos con la seguridad de conservar sus fuerzas y la alegría de la vida.

Además de redimir al hombre de la esclavitud de un trabajo agotador, la máquina proporcionará los elementos necesarios para una existencia de creciente bienestar. Estamos aún al comienzo de la nueva era del maquinismo, los avances científicos y técnicos son cada día más importantes y pondrán en manos del hombre los medios para producir en abundancia cuanto pueda desear. Hemos visto nacer el ferrocarril, el teléfono, la electricidad, la radio, los motores de explosión, el neumático que ha resuelto el problema de las grandes velocidades. Presenciamos los progresos de la higiene que permiten la salud del cuerpo y la prolongación de la vida. Hemos visto los descubrimientos de la ciencia, gracias a los cuales el hombre va haciéndose el dueño de la naturaleza, crea variedades y razas nuevas de animales y plantas, desentraña los secretos de la vida para utilizarlos en el mejoramiento de cuanto nos rodea. Una flor raquílica y sin encanto la transforma el hombre en una joya llena de belleza y de aroma; junto a nuestras viviendas los campos pueden convertirse en jardines. La ciencia no es sólo utilidad sino también belleza.

Pudiera pensarse que para que estas ideas puedan ser una dichosa realidad serán necesarios medios económicos extraordinarios. Así puede parecer si pensamos con la mentalidad de la mayoría de los hombres de nuestros días, para los cuales es el dinero la meta de su vida. En realidad las riquezas de la naturaleza son tan extraordinarias que aparecen como inagotables, mejor aún si las reducimos a sus verdaderos términos. En efecto, la base del progreso son las substancias alimenticias que no sólo no disminuyen sino que pueden ser aumentadas cada día. Las primeras materias para la industria, que apenas si hemos empezado a descubrir y aprovechar. Las fuentes de energía, que serán cada día más poderosas. Podrán agotarse el carbón y el petróleo, pero tendremos a mano las fuerzas naturales que apenas si hemos comenzado a utilizar en los saltos de agua. Quedan aún las mareas oceánicas y después de ellas podemos pensar en que la físico-química moderna logrará pronto la desintegración del átomo, liberando fuerzas tan extraordinarias que nos harán los dueños del mundo. Existen además otras muchísimas posibilidades, como la fabricación sintética de los carburantes, que ya se producen en grandes cantidades.

Aun colocándonos en el plano de una organización deficiente como la actual, podemos pensar en que si las enormes sumas de dinero que se dilapidan en cruentas guerras se destinaran a la construcción de nuevas fábricas y de laboratorios, la producción y el progreso serían tan grandes que iniciarían una nueva vida. Cada hombre podría tener su vivienda confortable, un alimento sano y abundante y cuantas comodidades pudiera apetecer el magnate más poderoso de nuestros días. Desgraciadamente el dinero se tira a manos llenas en guerras destructoras y sólo cuando llega la paz se acuerdan de la ruina y nos hablan de las dificultades que se plantean para una rápida reconstrucción.

Pensemos también en que una industrialización siempre creciente, con abundancia de máquinas destinadas a todas las labores, permiti-

ría satisfacer, con un reducido número de horas de trabajo, todas las necesidades de la Humanidad. Llegado este feliz momento el obrero vería reducirse cada vez más su horario de trabajo. Al comienzo serían aun necesarias las 8 horas, más tarde bastarían 7, o 6, o 5, y tal vez menos aun. La máquina redimiría al hombre de su esfuerzo y además le permitiría producir a un ritmo tan acelerado que en un corto tiempo quedarían satisfechas todas sus necesidades y podría rodearse de las mayores comodidades.

Llegaría a ser entonces el trabajo casi una distracción, en lugar de ser un castigo. El obrero dispondría de tiempo suficiente para mejorar su educación y su cultura y para cuidar su salud y su cuerpo. Nacería una nueva Humanidad, llena de vigor y de salud, inteligente y feliz. Es esta la Humanidad que todos deberíamos anhelar, incluso egoístamente, y que tendremos en nuestras manos el día en que los elementos de producción y de riqueza no sean patrimonio de una casta, no estén destinados al beneficio de una minoría, sino que sean puestos al servicio de todos.

Será desgraciadamente difícil alcanzar este ideal, a pesar de ser tan humano y de fácil realización. Los que detentan el poder sólo piensan en sí mismos y preferirán que todo se hunda antes que perder sus privilegios. El camino para llegar a la Humanidad que todos los hombres de buena voluntad y recto criterio debemos anhelar, estará erizado de dificultades y de luchas. Los que sólo piensan en mantener su dominio no retrocederán ante nada y nos lanzarán a otras guerras, regarán las tierras con la sangre de nuestros hermanos, arrasarán ciudades y fábricas con sus nuevas y poderosas máquinas de destrucción, tratarán de llevarnos otra vez a la esclavitud y a la servidumbre, de dominar por la violencia, ya que no pueden hacerlo por la razón, y al comprender que fuerzas poderosas se levantarán contra sus designios. Recurrirán a cuantos medios puedan para detener la marcha del progreso, ¡qué les importa la Humanidad si son fieras en lugar de hombres! ¡Qué les importa el bienestar y hasta la vida de los demás, si han hecho del oro su Dios y del dominio brutal la única finalidad de su existencia!

Cuando las hogueras de la guerra se extinguirán todo serán escombros. Habrá que edificar de nuevo las ciudades, habrá que levantar otra vez, las fábricas destrozadas, habrá que arrancar de los campos abandonados las hier-

bas malas que crecieron sobre los cadáveres de los sacrificados a su insania. Será necesario empezar de nuevo, pero nos dirán que no hay capital para imprimir a la labor de reparación un ritmo acelerado. Exclamarán que las guerras nos han arruinado y necesitarán gastar lo poco que quede en nuevas armas, en más elementos de destrucción, con el fin de prepararse para venideras contiendas.

A pesar de todo se pondrán otra vez en marcha las antiguas industrias y nacerán otras nuevas, aumentará la producción, volverá el trabajo agotador en los campos. Antes de que lleguen a cicatrizar las heridas, antes de que se ponga en pie de nuevo la producción anquilada, una nueva guerra cubrirá con sus negras alas a toda la Humanidad maldita.

Es desgraciadamente este el triste panorama que parece ante nuestros ojos si miramos el futuro. Sólo existe una salvación: la unión de todos los que estamos libres de prejuicios y sólo deseamos el triunfo de la bondad, logrando el que los beneficios del progreso alcancen a todos los hombres. Sólo unidos podremos llegar a decir: ¡basta! Sólo unidos estrechamente lograremos arrojar a estos nuevos mercaderes del templo del bien para iniciar la era de paz y de progreso que ha de conducirnos, por un camino recto y seguro, a la nueva sociedad humana. Una sociedad en la que no haya ni dueños ni esclavos, en la que todos cooperemos para lograr la felicidad común, en la que todos disfrutemos las dichas que puede proporcionar un trabajo organizado y de gran rendimiento, capaz de colmarnos de comodidades y de librarnos de toda clase de preocupaciones sobre el porvenir.

Humanidad nueva, alegre, sana, inteligente. Hombres fuertes, contentos de su vida y de la comodidad de su trabajo. Hombres libres por haber sabido romper las cadenas que nos hacen esclavos de la naturaleza, de los obstáculos que opone a la utilización de sus riquezas. Hombres libres también puesto que la igualdad de derechos y de deberes es el único camino para alcanzar la verdadera democracia. Hombres felices ya que los progresos científicos y técnicos permitirán un creciente bienestar y un aumento continuo de toda clase de comodidades.

RAFAEL DE BUEN

San José, Costa Rica, setiembre de 1941.

—o—

Este comentario

En el N° 1 del año I de YA!, *magazine* popular nicaragüense, Managua, julio 1 de 1941, nos hallamos con este comentario:

Manifestaciones muy débiles de nuestro ambiente son las que existen en los campos de la Revista: no hay en Centro América una divisa intelectual que se ofrezca como campo de acción para la unidad del pensamiento colectivo. Somos, en la geografía del pensamiento americano, un paréntesis ansioso; pero no tenemos aún la fuerza suficiente para romper los sistemas tradicionales de nuestro camino tipográfico en materia de crédito: hay o hubo un *Repertorio* en Costa Rica, más bien de credo que de crédito, sin la frivolidad y el sensacionalismo que caracteriza a los frutos de la época actual: han florecido y se han marchitado muchas cosechas en nuestros predios literarios; pero no crecen en tradición y buen nombre las semillas que de tarde en tarde se esparcen con el viento.

En SAN JUAN de PUERTO RICO consigue usted la suscripción a este semanario con:

A. VICENTE & Co.
P. O. Box 241

En CARACAS, la consigue con:

Dña CELIA DE MADURO
Apartado 481.

Construcciones - Medidas Fincas
APARTADO 523
TELEFONOS 3201 y 2929
SAN JOSÉ, COSTA RICA, A.C.

Rafael E. Roig V.
INGENIERO

Copias Heliográficas
OFICINA: Calle 3.
Avenidas 1 y 3.
100 vs. Norte de La Tribuna

El Político

(Concluye. Véanse las entregas 14, 15, 16, 19 y 20)

XII

Quienes se dedican al cultivo de las industrias, de las artes, de las ciencias, o viven la vida religiosa, poseen a su alcance las ocasiones de enriquecer su ser interior. Como se pertenecen, disfrutan del ocio necesario para la reflexión, para el estudio y la meditación, que son fuentes de enriquecimiento espiritual, de elevación y de cultura.

No así el político, a quien no pertenecen más horas que las del sueño. Sus partidarios, sus amigos, su correspondencia, sus innúmeras visitas y recepciones, sus paseos a ciudades y pueblos absorben sus días y sus semanas y, finalmente, descubre que porque le han hecho jefe, ha perdido su independencia. Se llega a la esclavitud del jefe.

Por otra parte, carece del valor de enfrentarse al poder constituido cuando está en desacuerdo con él. De ordinario está de acuerdo. Aun suele declarar públicamente que su política es la del Gabinete, o la del Presidente, o la del partido. Lo cual es también confesar que nada propio tiene, que le falta la orientación individual. Una Administración ofrece al político los más diversos problemas sobre los cuales pueden hallarse en conformidad con ella y otros en que honradamente difiere de ella, porque sus puntos de vista se apartan de los de la Administración, que es precisamente lo que justificaría sus aspiraciones políticas. Pero no se atreve a disentir, por las consecuencias que teme si el Gobernante se le vuelve hostil. En cambio, con sus declaraciones de identificación se vincula más aún al poderoso y pierde mayor autonomía.

Es verdad que espera la hora de ascender al poder para liberarse de tales compromisos; pero a menudo no es airoso declarar las disidencias cuando se han invertido las situaciones: cuando desciende el uno y asciende el otro.

Tras la pérdida de la autonomía sobreviene el sentir entrapada su autodeterminación. Se enmaraña su voluntad, como si hubiera perdido también la capacidad de valorar las situaciones, de apreciar las ideas, de pasar juicio sobre los hombres. Es que ha entrado en transacciones con sus adversarios y con su conciencia. Le urgía el éxito inmediato, y ha debido poner silencio en su conciencia. De allí que su conciencia no dé ya luz a su voluntad. Se le ha obscurecido su autodeterminación. Y así es como va gradualmente menguando su personalidad y su importancia real. Le queda aún la concha, la nombradía de lo que fué o pudo ser, ya sin sustancia ni calor.

Aquellos diputados que lo fueron por la gracia del Ejecutivo, o aquellos ministros que ascendieron tan sólo a causa de parentesco o de amistad o de contrataciones políticas circunstanciales, poco tiempo después de terminadas sus funciones, se hundieron paulatinamente en el cono de sombra de un total eclipse. Hipotecó su independencia y su personalidad en la sociedad anónima de sus amigos y de sus partidarios el político, y se lo ha devorado la sombra sin haberlas podido liberar cuando pudieron haberle sido útiles.

Es que jamás buscó el mejoramiento de sí, y los bienes y favores que otorgó mientras podía se le adulteraron con el cálculo y no florecieron en el henchido tallo de la gratitud. Se dedica a cultivar el inolvidable jardín de sus recuerdos de sus días de auge y de triunfo.

A las veces el político propende a cortejar la Iglesia o es él mismo hombre de Iglesia, a la cual convierte en instrumento, en escala de bombero que, piensa él, le llevará a la cumbre. Aquí su error es más grave; porque no solamente aherroja su libertad, sino que se obliga a circuir la libertad de los gobernados en nombre de principios éticos o religiosos, para el perfecto predominio de la Iglesia, la astuta pescadora de políticos, porque ella sabe cómo adornar sus anzuelos con veneradas madres o mujeres adoradas de ellos. El político que hace uso de la Iglesia para sus éxitos, para desencanto suyo pronto se ve convertido en herramienta de ella.

El político eclesiástico suma vanidad a su pompa. Y por supuesto, es dogmático. Acostumbrado como está a las prédicas del Evangelio llega a creer que todo cuanto sale de sus labios es la verdad mis-

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

A'macén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

Vinos, Licores y Pousse-Café. Papel de envolver en rollos y bultos. Aceites de Soya, Maní y Oliva. Galletas inglesas y americanas. Jugos de frutas y vegetales. Conservas y artículos de construcción y Jabonería.

ma, en lo indiscutible, lo infalible. Por eso trabaja mejor dentro de la Monarquía o de los regímenes absolutos. En una Democracia el político eclesiástico es pez fuera del agua. Porque la esencia de una Democracia es el debate, la resolución por convicción de las mayorías, o por convenio mutuo. El político eclesiástico es siempre, por infalible, perentorio.

y XIII

El político eximio también existe.

Es el hombre que prevé, que planea para cuatro y diez y más años vista. Es el iniciador de movimientos de trascendencia social, o económica, o cultural. No rechaza el éxito inmediato, pero no lo busca especialmente. El buen éxito es para él un auxiliar de la obra grande por la cual se empeña. Y ningún buen éxito lo desvía de su final objetivo. Parece que se hubiera confundido su voluntad con las subterráneas corrientes de la Historia o sucesión, por ahora inevitable, de los acontecimientos humanos. El buen político suele serlo en grande. Y de sus entrañas espirituales se levanta el Estadista.

En este Ensayo no se trata de él.

R. BRENES MESÉN

Costa Rica, noviembre, 1941.

Nota del editor: Los artículos de *El Político* serán recogidos en un folleto; queda éste—con mucho gusto—a disposición de los lectores que nos lo soliciten, y con algo nos ayuden a pagar la impresión. Señas: Correos Letra X. San José, Costa Rica.

Pero ¿qué es ser gran gobernante? A mi juicio es mantener la paz y la satisfacción pública aun cuando por excepción haya que acudir a la fuerza, en momentos agudos para sostener legítimamente los fueros legítimos de la legítima autoridad. Pero gobernar sofocando la opinión del país, suscitando por todas partes sublevaciones y conspiraciones, ahogando en sangre una y otra agitación, imponiendo el capricho personal, retrocediendo en la legislación de los pueblos libres, aprisionando y deportando a millares de hombres, no creo que sea una fórmula de gobierno envidiable. Con libertad amplia e irresponsable para matar al adversario, gobierna cualquiera.

(De Angel Ossorio, en *Orígenes próximos de la España actual*. Buenos Aires, 1940).

Suscríbase a "REPERTORIO AMERICANO"

La Revista de amplio tiraje en el interior y de una estratégica distribución geográfica y cultural en el Continente.

Las firmas reputadas y las nuevas firmas de América. Semanario del pensamiento vivo américo-hispano, en Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.

Musa catalana

(Traducciones de J. Conangla Fontanilles, tomadas de la antología poética en verso castellano: *El alma de Cataluña*. Habana. 1941).

EL CONSUELO

Quien todavía no guarde
fresca visión del amor,
que lo espere a media tarde,
a la sombra de verdor.

Que a la caricia sonría
del aire falto de antojos;
que descanse en la ufanía,
y que allí entorne los ojos.

Y el árbol de poca altura,
por encanto singular,
del soñador la amargura,
de fijo, sabrá endulzar.

En medio de la alameda,
el ramaje ha de fingir
los crujidos de la seda
de la amada, en su acudir.

Y las hojas, con acentos
de melódico rumor,
llevarán como lamentos
de la amante, al soñador.

Cualquier tallito que oscila
despeina al triste doncel;
cualquier hoja que vacila
finge un beso a flor de piel.

Se despierta. Y en la umbría
del cielo —ilusiones bellas—
ve de la amada que huía,
los ojos, en dos estrellas.

POEMA DE LA CONTRARIEDAD

Cuánto enojo provocas,
oh Contrariedad.
Tú la madeja enredas
y rompes el hilván;

a ras de la victoria,
tu vuelcas al guerrero;
y en la subida, encallas
el carro al carretero.

Pones fina hojarasca
en camino inseguro;
la marcha al reloj paras,
en espera o apuro.

Traje nuevo salpicas,
turbas a quien labora,
y pisas en el baile
la bella bailadora.

Tú causas tropezones
a cualquier ambición;
y hasta gruñe el virtuoso
sintiendo tu aguijón.

A la esperanza tímida,
malogras en flirteo;
vacías las promesas
y aireas el deseo.

Por ti chillan doncellas
y se irritan mancebos,
y hablan mal los estóridos
si pasas cerca de ellos.

Mas yo, que ahora descanso
sobre el césped mullido,

y debajo de un árbol
deshojado, sonrío,

me acostumbro, si llegas,
a cederte lugar;
y te halagan mis dedos
si te hallan, al azar.

Tú enseñaste la traza
de todo lo que es vivo;
duración tú concedes
a cuanto no es esquivo.

Tú, que tal vez destruyes
un aspecto labrado,
tú pules otro aspecto
que nos era olvidado.

Ya mis ojos no temen
al verte a mi redor
Oh freno, savia, estímulo,
ironía de Dios.

IMPONDERABLE VALLÉS

¡Oh, casa tan campesina
Dios me la guarde del mal!
En pórtico, tras cortina,
hay una malva real.

En lavadero al caer,
palpita luz desmayada.
Place allí, al atardecer,
merendar fruta dorada.

Cruza la huerte de seda
cauce de encantos divinos;
ceñida por alameda
y ungida por cuatro pinos.

De cañas estás cercada
la acequia de agua cansona
donde se ve reflejada
la estrella de luz temblona.

Los cerros de cercanía
reciben el beso alado
de los sopores del día
y del nocturno estrellado.

En serranía empolvada
de oro viejo de florín,
hay una viña endulzada
que recuerda al mar sin fin.

Y en cuanto en la sombra plena
se oye del grillo el chirriar,
se enfila la luna llena
sobre el palo de un pajar.

NUESTROS PINOS

Salud, ¡oh pino en tierra enjuta;
nexo por sobre nuestra ruta
de áspero mundo y claro cielo!
Oh cuerpo rojo, ¡oh barba hirsuta!
fuerte raíz cual nuestro anhelo.

Salud, oh pino de atalaya,
monumental en lejanía.
Salud, marítima alegría,
pino menudo en nuestra playa.

Pino sagrado en las ermitas,
entre una fuente y viejo pozo.

Pino funesto, que te excitas
curvo, en la cima de un gran hoyo.

Pino que amparas nuestro paso,
de la pendiente en el través,
Pino que en lo hondo creces laso,
buscando el sol, como el ciprés.

Pino casero en huerta amada,
cercano al curso de acequillas.
Pino entre selva enmarañada,
cucaña erecta para ardillas.

Pino rizado, no te arredra
de despeinar tu pelo erguido
rizante pino envuelto en yedra.
Y tú, el feliz que siempre medra,
al pie una fuente, arriba un nido.

Amigo de ásperas guedejas
cual sabio antiguo, das consejas;
y señorial como un califa,
te haces tú mismo una alcatifa,
con tus guedejas más bermejas.

Salud, ¡oh pino en tierra enjuta;
nexo por sobre nuestra ruta
de áspero mundo y claro cielo!
Oh cuerpo rojo, ¡oh barba hirsuta!
fuerte raíz cual nuestro anhelo!

JOSÉ CARNER
(1884)

MEDIODÍA

Esta hora de mediodía
ay, ¡es hora bien sagrada!
Mientras la madre, hacendosa,
mantel en mesa prepara,
su hija llega del colegio,
y de paso trae el agua.

—Criatura del buen Dios,
cómo vienes tan cargada,
con libros en una mano,
en otra llena la jarra,
y en la cabeza un pan ancho
de corteza soleada?

Al General De Gaulle

(En el Rep. Amer.)

¡Francia Libre! Suprema aspiración
que sentimos arder como una llama
y a la lumbre divina que derrama
de esperanzas nos llena el corazón.

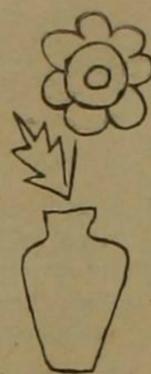
El destino te ha dado la misión
de arrojar de tu Patria a quien la infama
y tu Patria en espíritu te aclama
porque tú eres para ella redención.

En ti encarna la Francia generosa
que ha cubierto, en sus luchas contra el mal,
de laureles su frente luminosa;

esa Francia, glorioso manantial,
cuya vida gallarda y milagrosa
por mandato de Dios ¡es inmortal!

RODOLFO CASTAING

, Costa Rica, 1941.



Criatura del buen Dios
cómo vienes tan cargada?
Inundas con resplandor
del cielo azul, nuestra casa!—

NOCHE SERENA

Noche tibia, tentadora,
noche tranquila y serena;
el pino en el monte llora,
sonríe, en azul la estrella.
El campo, en dulce sopor,
apacigua toda pena;
de un afán revividor,
la brisa toda se llena.

Habla el agua en la negrura,
y en las huertas, un temblor
se percibe en cada hoja.
Canta el grillo chirriador.
Y el alma siente el perfume
de rosa que se deshoja.

Noche tibia que contagias
serenidad al despierto;
aquí, en la altiva montaña,
reina un sagrado silencio;
por sobre el mundo en negrura;
la estelada claridad!...
¡Qué maravilla tan pura!
¡Cuánta dulce majestad!

Espíritu, vuela, vuela,
recorre la inmensidad;
no pierdas nunca tu estela
que, es para ti, eternidad.

JUAN LLONGUERAS
(1880)



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones, antipedagogía.

Notas de un escolar viejo

(De La Tribuna, S. J. de Costa Rica, 26, X, 41)

Uno de los errores más graves en que se ha incurrido en nuestras escuelas, es el de haber dado a la Ortografía una importancia que no merece.

De las lenguas que conozco, solamente el francés posee una ortografía buena, no digo perfecta. Además, el aprendizaje de la ortografía depende muy poco de la voluntad. Hay personas condenadas a escribir siempre mal, y aptas sin embargo para llegar a ser profesionales de primera clase: abogados, ingenieros, químicos, etc.

Quien estudia a fondo la ortografía se convence del acierto de los pedagogos ingleses cuando ordenaron, hace medio siglo, que en las pruebas escolares no se tomara en cuenta sino la puntuación. Es lo que hay que exigir: una puntuación que permita comprender el pensamiento del que escribe.

Tratándose de ortografía española en especial, el maestro ha de ser muy indulgente con sus alumnos. Nuestra ortografía oficial comete muchas faltas contra la etimología, contra la lógica y contra el uso universal. Voy a repetir aquí los ejemplos de que me he servido en distintas ocasiones.

Si se dice con razón al alumno que las palabras *vocal*, *invocar*, *convocar*, etc., se escriben con *v*, ¿por qué se le castiga cuando escribe *avogado*, palabra de la misma raíz y que se escribe con *v* en todas las lenguas en que existe (inglés, francés, italiano, etc.)?

¿Cómo se pretende que alguien comprenda que *consciente* se escribe, como se debe, con *s* y *c* y *conciencia* haya de escribirse sin la *s*?

La regla que se da para la palabra *aun*, sienta una falsedad: en español las palabras no cambian de valor o de significado porque estén antes o después del verbo. La regla relativa a la palabra *aun* se enuncia así: *aun*, sin tildar, significa *hasta*; *aún*, tildada, significa *todavía*:

—¿No han venido los niños? — Aún no han venido o no han venido aún (todavía no han venido).

—Todos nos divertimos, aun Uds. (hasta Uds.).

Dos cosas son la prueba de la competencia de un maestro: la sencillez y la claridad. Esta regla no admite excepciones. Debe ser atendida siempre, sobre todo si se trata de una asignatura.

A los antólogos

(De Letras de México. México, D. F., 15-IX-41)

He visto poetas que se irritan y enloquecen cuando su obra y su nombre no aparecen en una nueva antología, en una antología hecha, de ordinario, por el capricho de un coleccionista, por el resentimiento de un poeta dudoso o por los intereses de una casa editorial. A mí me molesta ver mis versos enganchados sin mi aprobación con otros vagones a un tren frecuentemente conducido por un maquinista daltoniano que confunde las luces y no sabe a dónde nos lleva. ¡Pobres poetas!

Otras veces somos juguetes de la envidia, de la venganza, de la locura, de un gusto monstruoso... Y cualquiera puede hacer su pequeño negocio con la vanidad de los poetas. Pero ¿qué cosa es un poeta, que se le trae y se le lleva y se le mete sin su asentimiento, como un fagot o como una flauta, en una caja para componer un organillo, y él no tiene derecho siquiera a un ejemplar de ese organillo? Y vivimos en una época de sindicatos, en una época en que el esfuerzo, el trabajo de cualquier hombre es respetado por el patrón y el mercader y tiene un precio o un salario. Pero ¿y la fama, y la vanagloria—dirá alguno,—no es una moneda? Pues ya ni siquiera esto. Porque las últimas antologías que se han visto en el mercado de México, parece que no tienen otro fin que el de deshonrar a los poetas, sacándoles a la vergüenza sus pecados más íntimos. El antólogo ha venido a ser un comerciante ladino que denigra su mercancía para lucrar mejor con ella. ¡Paradojas de la propaganda! Y tal se han puesto las cosas en este respecto que alguien podría decir que la babosa, ese natural enemigo de las flores, se ha dedicado

hoy a recogerlas con sus dedos amarillos y a anudar con el hilo viscoso de su baba tantos de los últimos florilegios que ven ahora la luz en el mundo. Pasamos unos días tan enconados que estos menesteres que los hicieron siempre espíritus amorosos, están hoy en manos enemigas y rencorosas.

Y gracias al epílogo generoso de un hombre honesto y pacificador que ha sabido amansar la furia de un cierto antólogo reciente, no hemos leído aquí en México otra vez graves insultos personales que, por lo visto, han sido borrados.

En cuanto a mí, y sobre este tema, quiero decir a todos los antólogos lo siguiente:

Mi palabra está aún trémula y tímida en el aire, y a merced del viento estará siempre. Es posible, casi seguro, que se la lleve el vendaval. Si al mundo de mañana llega algún resto de mis versos, salvado del gran torbellino, eso será lo que recojan los antólogos venideros, los cuales tendrán en cuenta valores que no pueden ver los antólogos de hoy.

Aún no ha concluido mi vida, y mi pluma todavía no se me ha caído de la mano. Mi obra hecha, la rehago. Y lo que tengo que decir, creo que aún no lo he dicho.

Antólogos inquietos, dejadme acabar y no os apresuréis a arrebatarme de las manos, para meterlo en vuestro cesto, lo que aún no está corregido por mí y seleccionado por el viento. Porque al fin de cuentas mi último antólogo fidedigno será el viento. El viento. El que decide es el viento. El viento que se lleva a la aventura el folio y la canción.

LEÓN FELIPE

natura como la Física, ciencia esencialmente experimental y lógica, al alcance de la mayor parte de los estudiantes.

La enseñanza de las matemáticas sigue siendo muy penosa en casi todas las escuelas. Esto las desacredita. Hace pocos días fui testigo de las dificultades de una niña de segundo grado a quien se le obligaba a decir "diez centenas y ocho unidades", en vez de 1008, como decimos todos, simplemente.

Los fisiólogos saben que antes de los 12 años de edad y después de los 60 (números aproximados) sólo se puede escribir con lápiz, no con las antiguas plumas comunes para tinta. Pues bien, los reglamentos actuales ignoran la fisiología y no les tienen miedo a las manchas de tinta.

La enseñanza toda, requiere tiempo, para ir despacio y con buen humor. Pero ¿de dónde vamos a sacar ese tiempo en establecimientos que se viven en *asambleas*, desfiles, excursiones y otras naderías, como las lecciones de cocina?

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Oigan los EE. UU.

...También es erróneo pensar que se está contra los Estados Unidos, por cuanto se diga que las mismas razones que tienen para intervenir en los asuntos de Europa, —porque Hitler y sus huestes representan un peligro para las conquistas de la civilización, para la libertad humana, para las democracias— deben servir aquí para no concederles amistad y el trato preferente a los que dentro de sus patrias niegan la libertad, persiguen a los enemigos como bestias rabiosas, absorben y concentran en sus manos el poder de sultanes que no conocen más ley que sus conveniencias, ni más freno que el de su impotencia para destruir a todos los que se opongan a sus caprichos o a sus feroces designios. Y si nadie en América les pide a los Estados Unidos que intervengan para imponerse políticamente en los asuntos de soberanía y gobierno de estos países, si hay razón para pedirles que no otorguen su apoyo moral, el respaldo de su inmenso poder a quienes son, si bien se analizan, mil veces peores que los que cegados por una mística o un fanatismo, creen que la fuerza y sus derivaciones son superiores a toda ética, a toda convicción y a todo principio de decencia colectiva. Si en la vida social, como representación de toda convivencia organizada sobre las bases del derecho y la justicia, se niega la estimación y el afecto a quienes oprimen, hieran o despojen a sus conciudadanos, no hay razón para que en la vida internacional se sigan normas distintas para juzgar a quienes asientan su poder sobre pilas de cadáveres y para quienes el peor delito es no pensar como ellos.

(Dr. Cl. Picado T., en Diario de Costa Rica, 26-X-41).

CON
Moore - Cottrell
North Cohocton, N. Y., E. U. A.
consigue Ud. una suscripción a este Semanario

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

Giro bancario sobre
Nueva York

Abdenago Faroles

(Es un cuento. En el Rep. Amer.)

Cuentan que cuando joven era trabajador, empeñoso y listo, pero que en cierta ocasión le dió por hacerse el parlanchín y llegaba a todas partes a lucirse como gracioso. Fué por entonces cuando se ganó el apodo que cargó toda su vida.

Yo lo conocí cuando era el hombre de los pies prodigiosos: el mandadero de toda la provincia. Pies anchos, resquebrajados, siempre llenos de polvo o sucios de barro, y desmesuradamente grandes en proporción a su cuerpecillo menudo.

Era enjuto de carnes, con la cara arrugada y barba a medio crecer. Vestía un pantalón ridículo y una leva mugrienta y larga que le colgaba como una campana. Se le veía en todos los rincones, en todos los barrios, donde quiera que hubiese un jolgorio, por todas las carreteras donde apareciera una casa. Desaparecía un mes, una semana, un día. Y, entonces, hélo allí nuevamente. Hé allí al hombre de los mandados y de los encargos.

Podíasele confiar todo: el recado más difícil o la suma más grande de dinero. Iba, y a la vuelta traía la respuesta exacta. La gente le pagaba una monedilla.

Nunca subió a una carreta ni jamás supo lo que era andar a caballo.

De paso matemático y apresurado, sobre el polvo de los caminos y ribeteando las veredas, sus plantas encallecidas golpeaban como paletas. Y en el polvo quedaba su huella, tan conocida, tan inconfundible.

—Por aquí pasó Abdenago Lépez.

Por dónde no pasó?

Generalmente callado, como las piedras, caminaba con su cuerpo inclinado hacia adelante y los ojos —pequeños y hundidos— a dos varas de distancia, en dirección de los recodos, las cuestas, los puentes, los poblados. Algunos decían que una que otra vez iba hablando solo. Pero no lo hacía donde lo vieran.

Ah, su desgracia: el apodo. En todos los cantones, de pronto y sin esperarlo, se lo gritaban:

—Abdenago Faroles!

Entonces era cuando su boca se abría. Poníase rojo de ira, sus brazos se hacían aspas de molino, su cuerpo se volvía de un lado a otro, para mentarle la madre a todo el mundo, sin hacer diferencias, porque no le importaba entonces la noción de culpabilidad. De las puertas y las ventanas surgían las caras y las sonrisas. Después todo se calmaba. En eso, alguien insistía:

—Eh, Faroles!

Y era cuando lanzaba piedras, a diestra y siniestra, sin mirar a quién.

Por qué le decían así? Nunca pude saberlo. Noté, sí, que con el tiempo ya no fué preciso que nadie se lo recordara, porque, súbitamente, al pasar por una plaza o por delante de un grupo, empezaba a echar, como una catarata, denuestos y pedradas. Y quizá nadie lo había visto.

Se iba por media calle:

—Tu madre, tu madre, bandidos, choyados, sinvergüenzas, pocapenas, vagos, tu madre, tu madre...

Y lo gritaba con música. Habíase aprendido el son de una cancioncilla, y él lo adaptaba a sus gritos. A menudo lo hacía sin volver la cara. Luego continuaba su camino, apresurado, ya silen-

cioso, y siempre en su oficio de mandadero de la provincia.

En cierta ocasión, un hombre cualquiera se encolerizó y le pegó. La sangre apareció en el rostro de Abdenago. No se defendió, porque no sabía hacerlo. Siguió por el centro de la calle, como siempre. Huía de las aceras.

De vez en cuando entraba a las iglesias, se ponía en la frente agua bendita, y salía veloz por otra puerta.

Pero era el hombre más ordenado de todos... Llegaba, por ejemplo, a una pulpería:

—Deme tres varas de ese género bonito que está ahí.

Se las daban.

—Es fiado. No tengo hoy plata.

Sin esperar la respuesta, se iba.

A los meses—era seguro—venía nuevamente.

—Yo quedé debiendo aquí tanto, de tres varas de género que le compré a mi novia.

Y pagaba.

Quién era su novia? Nadie lo supo nunca. Mas, todo mundo decía que él compraba más y más cosas para ella en todos los pueblos.

Poseía una pequeña vivienda, y en ella, siempre bien atrancada, iba amontonando mercaderías: sillas, géneros, ollas, aretes, pulseras malas, y hasta un arado y una montura de cuero.

Si alguna vez habló, fué para decir que estaba por casarse. Con quién? Ese fué siempre el enigma. Pero vivió para eso. Hizo mandados para conseguirlo. Recogió monedas para su matrimonio.

Pasó el tiempo, y no lo volví a ver durante años. Cuando me lo encontré de nuevo, ya no era el mismo. Habíase avejentado mucho y ya las carreteras provinciales no lo miraban más sobre su polvo caliente. La gente casi había olvidado su apellido. Se llamaba sencillamente Faroles. Tenía un cuarto lleno de objetos viejísimos y amontonados, y una novia que nadie conocía.

Pero le había quedado la manía de andar. Todos los domingos, en siete barrios de un cantón de la provincia, decían:

—A las siete pasa Faroles por aquí.

—Por aquí a las ocho.

—A las nueve por aquí...

Y así por todos; en algunas puertas le daban una monedilla con toda exactitud. Ya no le gustaba hacer mandados. Esas casas tenían la obligación dominical de ayudarlo. El se las sabía de memoria.

Cierta vez—me lo contaron—se enfermó y permaneció postrado dos meses. Cuando se levantó, pasó por los barrios, y decía:

—Aquí me deben ocho domingos, o sean ocho dieces.

Y había que dárselos. Si no, quién hubiera querido ver la furia de ese hombre silencioso que lanzaba piedras e insultos por las calles cuando nadie se lo esperaba? El entendía que eran muy suyos. Acaso no hacía un recorrido circular de muchos kilómetros para recogerlos cada domingo?

Un día se murió. Su corazón negóse de pronto a alimentar por más tiempos sus pies pro-



Pasitos de gallina

digiosos, y fué encontrado en su cuarto, embrocado sobre el piso, y con la cara azulada.

La gente del cantón no hubiera comentado con tanto revuelo la muerte del cura o del director de la escuela. Había muerto Faroles, el andarín famoso, antiguo mandadero, conocido en toda la provincia...

Pero sólo una persona supo su secreto; porque cuando llegó el alcalde a examinar el cadáver, vió que Abdenago tenía una mano apretada como un cofre aherrojado. Con mucha fuerza logró abrirla... Había en ella el retrato amarillento y resobado de una mujer, recortado hacía quién sabe cuánto tiempo de un periódico antiguo. Y el alcalde, con cuidado y sin que nadie lo viera, lo guardó para quemarlo luego en su casa: era el grabado de una gran señora, rica y hermosa, muy conocida en la capital de la provincia.

Abdenago Lépez no pudo lanzar aquella última piedra que apretaba en su mano... porque era su corazón.

FABIÁN DOBLES

Sañ José, Costa Rica, setiembre de 1941.

El Alma de Cataluña

(Viene de la pág. 328).

pararse los funestos errores pretéritos y actuales del mundo. Porque mientras circunstancias internas y externas impidan el advenimiento de esa solución salvadora, ningún Estado, por poderoso que se crea, conseguirá resolver sus conflictos; ninguno alcanzará debida cohesión; y su estructura será precaria y adventicia, dentro de cualquier sistema tributario o de mera fuerza que gobernantes estólidos se obstinen en imponerle.

J. CONANGLA FONTANILLES

La Habana, 1941.

En la ciudad de Nueva York
consigue usted este semanario
con G. E. STECHERT & Co.
3133 East 10 Street.